

## ADELAIDA MA. CHAMPION DE CICÉ

### CORRESPONDENCIA ANTES DE LA FUNDACIÓN

#### ANEXOS

1. Actas de Bautismo:
  - De Adelaida Ma. Champion de Cicé
  - De Pedro José Picot de Clorivière.
2. Notas personales de Adelaida de Cicé
  - 2.1 Retiro alrededor de 1765
  - 2.2 Llamado a imitar a Jesucristo lo más de cerca, (a partir de una conversación con el Abate de Boursoul).
  - 2.3 Síntesis del discernimiento sobre su vocación, después de la muerte del Abate de Boursoul.
  - 2.4 Retiro de octubre de 1776: perseverancia en su deseo de seguir a Cristo en la vida religiosa.
  - 2.5 Retiro de 1783: su voluntad de adhesión a Cristo y a los miembros sufrientes.
  - 2.6 Proyecto de una “Sociedad piadosa”, 1785 . Reto a la vida religiosa tradicional.
  - 2.7 resolución de cumplir los votos (1791 - 1792 más o menos)
3. Correspondencia entre el Abate de Boursoul y Adelaida de Cicé.
  - 3.1 Sobre el deseo de Adelaida de compartir sus bienes.
  - 3.2 Sobre el deseo de comulgar con más frecuencia.
  - 3.3 Sobre la confirmación de la vocación religiosa de Adelaida.
  - 3.4 3 Cartas del Abate de Boursoul que revelan el tipo de relación entre él y Adelaida.
4. Cartas de: Le Beurrier (Eudista), director de Adelaida alrededor de 1777 y del hermano de Adelaida- después de su entrada a la Visitación.
  - 4.1 Le Beurrier aprueba las decisiones de Adelaida.
  - 4.2 La carta del hermano de Adelaida al Obispo de Rennes da testimonio de las gestiones para obligarla a dejar la Visitación.
  - 4.3 Carta de Le Beurrier que no quiere incomodar a los obispos de Rennes y Auxerre.
  - 4.4 Agradecimientos del hermano de Adelaida al Obispo de Rennes.
5. Correspondencia entre el P. de Clorivière y Adelaida y una carta del P. de la Croix.
  - 5.1 Carta de l P. de Clorivière del 8 de julio de 1778: La anima a persistir en su búsqueda.
  - 5.2 Adelaida agradece al P. de Clorivière el sostén que él le da.
  - 5.3 Clorivière a Adelaida: invitación a una mayor libertad interior, aprobación de su partida de Rennes para un ensayo de noviciado de acuerdo con su confesor, 29 de Septiembre de 1787.
  - 5.4 Respuesta de Adelaida: Relectura de su caminar (hacia mediados de Octubre de 1787)
  - 5.5 Clorivière afirma la acogida de la superiora de la Cruz (26 de Noviembre de 1787)
  - 5.6 Adelaida le da cuenta de la “noche” por la que ella atraviesa (enero de 1788)
  - 5.7 Clorivière da criterios de discernimiento a Adelaida. (4 de febrero de 1788)

- 5.8 Adelaida al P. de la Croix datos que le permite reconocer el designio de Dios sobre ella. (11 de febrero de 1788)
- 5.9 Adelaida retoma su experiencia de discernimiento (mediados de febrero, 17 1788)
- 5.10 Clorivière analiza el Proyecto que le permite reconocer lo esencial del carisma de la futura fundación (27 de marzo de 1788).
- 5.11 Adelaida precisa a Clorivière que el ensayo en la Cruz tiene por objeto buscar a otras interesadas. (Abril de 1788)
- 5.12 Adelaida continúa luchando contra la angustia, pero está resuelta a responder al Señor. (14 de abril de 1788)
- 5.13 Consejo de Clorivière a Adelaida en relación con su partida. (28 de julio de 1788)
- 5.14 Adelaida habla de la paz y la fuerza encontrada en la Eucaristía. (15 de agosto de 1788)
- 5.15 Clorivière ayuda a Adelaida a encontrar su propio estilo de vida y de oración.
- 5.16 Clorivière compromete a Adelaida a “mirar siempre adelante” y en la obediencia. (8 de septiembre de 1788)
- 5.17 Adelaida busca un estilo de vida más sencillo, progresa en la pobreza exterior e interior, primeros pasos hacia los P.G.
- 5.18 Adelaida confía a Clorivière sus movimientos interiores de consolación y desolación, le pregunta sobre una “confesión general” (sept – oct. de 1788)
- 5.18b Adelaida presenta a Clorivière el estado de su fortuna y su situación de familia. (Septiembre de 1788)
- 5.19 Clorivière tranquiliza a Adelaida después de su decisión de vestirse como los pobres q quienes ella sirve.
- 5.20 Clorivière anima a Adelaida a continuar su experiencia en la Cruz; ruptura con su medio para el servicio de los pobres.
- 5.21 La paz está en el cumplimiento de la voluntad de Dios, tiene como sostén la obediencia, la caridad, la oración. (5 de enero de 1789)
- 5.22 Clorivière recomienda a Adelaida evitar toda inquietud en la lucha contra sus defectos, es Dios quien hace avanzar. La oración es ante todo, escucha de Dios, intercambio confiado. (14 de enero de 1789)
- 5.23 Confianza en el momento presente, le insiste Clorivière a Adelaida. Darse enteramente a lo que se ha emprendido sin inquietarse por porvenir. (21 de enero de 1789)
- 5.24 Clorivière le recomienda permanecer tranquila, guardar la paz en medio de las primeras dificultades – que anuncian la Revolución. Ser totalmente de Jesucristo. (15 de febrero de 1789)
- 5.25 Frente a la agitación que se va palpando, Clorivière insiste a Adelaida: “Consulte al Señor”. “No busque, más que a Él. (28 de febrero de 1789)
- 5.26 Larga carta de Adelaida con motivo de la partida de Clorivière para París después de la inspiración y la redacción de los Planes de las Sociedades. Se encuentran ahí sus inquietudes, pero también su alegría al pensar que podrá hacer sus Votos dentro de la Sociedad proyectada. Clorivière le recomienda “no precipitar nada”. (Septiembre de 1790)
- 5.27 Después de las consagraciones del 2 de febrero de 1791, Clorivière cree que Adelaida es la que debe llegar a ser la Superiora de la Sociedad de María. (30 de abril de 1791).

## ANEXO 1

### ACTA DE BAUTISMO

Adelaida María, hija legítima del Sr. Jerónimo Champión, caballero señor de Cicé y de la Sra. María Rosa Verennes, su esposa, nacida hoy, ha sido bautizada por el suscrito Rector, y sostenida sobre las aguas bautismales por el Sr. Jerónimo Ma. Champión de Cicé y por la Sra. María Ana Angélica Champión de Cicé, esposa del Sr. Guilles Francisco de la Bintinaya, el 5 de noviembre de 1749, en presencia de los que suscriben.

Ma. Ana de Cicé de la Bintinaya.  
Jerónimo Champión de Cicé.  
Jerónimo Ma. Champión de Cicé de la Bintiñana  
Amand Cicé  
Mongodin, Rector

ACTA DEL P. DE CLORIVIÈRE, NO MUY CLARA.

## ANEXO 2.1

Copia del archivo de las H.C.M.

### RETIRO MUY PROBABLEMENTE DE 1765

Resoluciones: desde muy temprano he tenido un buen número de infidelidades a las promesas que he hecho a Dios. Quiero desde ahora, observar con exactitud todas las cosas que debo hacer, bien para evitar ofenderlo o más agradarle. Me comprometo de ahora en adelante a amarlo con todas las fuerzas que hay en mí, evitar el pecado y las ocasiones tanto cuanto la fragilidad humana me lo permita.

Quiero también evitar el orgullo, raíz de todas mis inclinaciones viciosas, pues a él tiendo y es el principio de la mayoría de mis malas acciones. Deseo inmolarlo a la justicia de Dios. Quiero también agradecer a todas las personas que tengan a bien reprenderme de mis defectos y quedará obligada con ellas. Tendré cuidado de la mortificación de mi amor propio, me aplicaré a destruir el gusto por el mundo que he pedido a Dios desarraigue enteramente en mi corazón. Quiero así mismo, no estar nunca presta a excusarme cuando se diga que he hecho algo mal y no buscaré en ningún momento justificar me, alejándome de la verdad.

Por la mañana, en cuanto despierte, mi primer pensamiento será para Dios, me levantaré sin tardanza. Iré a la Santa Misa. Haré mis oraciones de la mañana, antes o después de la Misa; haré mi oración personal de un cuarto de hora. Luego desayunaré y después de esto, iré a mi despacho, leeré una historia romana o cualquier otro buen libro para instruirme, luego escribiré, bien sean cartas o cualquier otra cosa, para no perder el hábito y haré las diferentes cosas, que mi madre desea que yo haga para mi instrucción. Me

aplicaré a todo y en especial a lo que menos me gusta, y quiero también no dar cabida al mal humor y en el momento que me lleguen las ganas de dejarme llevar por la melancolía, me regocijaré y ofreceré a Dios este pequeño sacrificio de mi propia voluntad.

Haré durante el día un cuarto de hora de meditación y elevaré mi corazón a Dios con frecuencia durante la jornada, lo cual me mantendrá de tiempo en tiempo en su santa presencia. Haré también cada día 5 pequeñas mortificaciones en honor a las cinco Llagas de Nuestro Señor Jesucristo. Me esforzaré así mismo a ser un poco más diligente, ya que en ocasiones estoy lacia y perezosa. Pensaré también en ciertas cosas que mi madre espera de mí y que con facilidad olvido. Haré una visita al Smo. Por las tardes cuando sea posible. No faltaré nunca a hacer mis oraciones de la noche antes de acostarme y guardaré el silencio a l hacerlo y a sí mismo por la mañana al levantarme. Antes de dormir, me ocuparé del pensamiento de la muerte. No me entretendré en vestirme, ni haré perder el tiempo a las persona alrededor mío. Quiero nunca responder bruscamente, sino hacerlo siempre con dulzura. Me aplicaré así mismo a algunos trabajos de casa que mi mamá desea que haga. Me esforzaré por observar todo esto con la gracia de Dios. Con ella, puedo todo y sin ella nada puedo. No cesaré de pedir esta gracia, quiero desde ahora vivir y morir en estas resoluciones.

## **ANEXO 2.2**

### **NOTAS DE ADELAIDA SOBRE EL LLAMADO A IMITAR A JESUCRISTO DE CERCA, DESPUÉS DE UNA CONVERSACIÓN CON EL ABATE BOURSOU.**

#### ***Compendio de una conversación de Monseñor Boursoul:***

El me aconseja actuar únicamente para agradar a Dios, que la obediencia y el amor deben ser las alas con las que nos esforzaremos para volar al cielo, a fin de imitar la vida de Nuestro Señor que ha sido solamente obediencia y amor. Qué consuelo poder decir, obedezco, agrado a Dios y le pruebo mi amor. Querría sin cesar recordar que en el tiempo que parecía que le abandonaba, ese Dios me amaba, me colmaba de gracias. Actualmente puedo decir, amo a Dios con un amor de preferencia, de abandono, de anonadamiento, de sumisión y de sacrificio, para con ello imitar la vida de Nuestro Señor que únicamente ha sido obediencia, amor, sencillez, mortificación, caridad, humildad y sacrificio entre las manos de su Padre. Cuál sería la paz de in alma fiel que en el momento de su muerte, cuya hora es incierta, no temiera estas palabras: Apártate. Cuál sería su alegría al oír de su amado: He aquí mi esposa fiel, la que ha sabido imitarme lo más cerca, me ha amado y obedecido, por ello va a gozar de mi presencia eternamente. ¡oh muerte! que tus amarguras y tribulaciones serán cambiadas en alegría, ya que su último suspiro será un acto de obediencia y de amor.

## **ANEXO 2.3**

### **NOTAS DE ADELAIDA DESPUÉS DE LA MUERTE DEL ABATE BOURSOU, SOBRE EL DISCERNIMIENTO DE SU PROPIA VOCACIÓN**

El lunes de Pascua, 4 de abril de 1774, he perdido a aquel que me ha conducido a Ti, Dios mío, quien no cesaba de animarme a amarte y a servirte. El ha expirado diciendo: “Sí, hermanos, veremos a Dios en el cielo, cara a cara y sin velos, por su gracia, por su gracia...” Oh muerte digna de todos los ministros del Señor y aún de todos los cristianos que debieran anhelar morir profiriendo algún acto de nuestra santa religión.

Qué pena, oh Dios mío, tengo en este momento de no haber aprovechado todos los oráculos de la vida que salieron de su boca. Deseo, tanto como de mí dependa, recordar sus principios. Es en tu presencia oh Dios mío y es bajo tu protección y la de tu tierna Madre que es también mía, que me comprometo a este código de conducta que me ha legado el santo a quien Tú has confiado mi alma.

Conduce Tu mismo tu pluma. Oh Dios mío, y recuérdame todo lo que Tú le inspiraste para anunciarme de Tu parte.

El siempre me dijo que el Dios de la bondad y de la misericordia quería conducirme a El por amor y que este camino seductor me facilitaría el camino del cielo, quitaría todos los obstáculos y me llevaría a lo que el Señor quiere de mí. Me ha recomendado vigilar sin cesar sobre mí misma, con una dulce atención para nada pensar, nada decir y nada hacer, que desagrada a mi Dios. Me ha asegurado que si soy fiel a esta santa práctica comenzaré mi paraíso desde ahora, pues no seré menos que los santos del cielo ocupados únicamente de hacer la voluntad de Dios. Me ha exhortado con frecuencia a no resistir más a Dios y a no negarle lo que me viene pidiendo desde hace tiempo. Mira, Señor, cuantas veces he renovado la resolución de ser te fiel y de jamás ofender voluntariamente a mi divino Esposo.

¡Nombre pleno de encanto! Es necesario, oh Dios mío, que Tú seas la misericordia misma y el amor mismo para permitirme todavía pronunciar este nombre tan dulce, a pesar de que tantas veces he sido indigna. Tú haces todavía más, Señor poniéndolo en mi corazón y haciéndome probar toda tu dulzura. No dejaré jamás, oh Dios mío, de colmar de tus favores y de tus gracias, las más preciosas, al monstruo que te ha traicionado tantas veces? No se me ha dicho de Tu parte, desde mi retorno a Ti, que los crímenes lo más atroces y los más imperdonables de los más grandes facinerosos, no han sido nunca tan injuriosos al Corazón de mi Dios como los míos, y este en consideración al amor, del ardiente amor que El tiene por mí?

Cuántas veces se me ha dicho que El me amaba de la misma manera aún después de haber tenido la enorme desgracia de abandonarlo, que El me amó primeramente. Mira, Señor, todas mis ingratitudes, todos mis crímenes no han podido alejarte de mí. Tus designios no han cambiado. Esto es lo que se me ha asegurado de Tu parte y Tu mismo me lo has hecho sentir en el fondo del corazón.

Es necesario, oh Dios mío, que Tú mismo imprimas estas verdades en un alma para que ella quede persuadida. El santo que me ha hablado de tu parte, me ha dicho 15 días antes de su muerte, que mi Dios me quería toda de Él. Estas son las palabras: “El la quiere para Él solamente y El le prepara en el cielo un lugar especial”.

Tu siervo que goza ahora de la dicha infinita de poseerte, me aseguró que Dios mismo se encargaría de mi santificación, que su Espíritu divino y su divino Corazón me conducirían totalmente. También me ha asegurado de Tu parte, oh Dios mío, que me harías conocer oportunamente lo que quieres de mí, si soy fiel a escuchar tu voz en el fondo de mi corazón. No contradigas, Señor, lo que me has dicho por la boca de aquel que tenía Tu lugar, oh Dios mío, cuya misericordia y amor sobre pasan lo que los hombres pueden pensar de Ti. Si he sido bastante ingrata, bastante pérfida, bastante negligente para abandonarte, qué suplicios me tiene reservados? Los del infierno serían incapaces, sería demasiado débil para castigarme.

Yo me engaño, Dios mío: ¿Lejos de Ti no seré bastante miserable? ¿Habrà una desgracia mayor que ser privado de tu divina presencia?

Concédeme la gracia, oh Dios mío, de no perderte de vista un solo instante en este mundo, hasta el momento en que vaya a habitar en tu casa. Ven a la mía, establece tu morada en mi alma. Cuántas veces se me ha dicho, oh Dios mío, que tus amables designios sobre mi corazón, eran de habitar en él todos los días de mi vida. Yo te hospedaré en el tiempo, Señor y Tú me hospedarás en la eternidad. He aquí la proporción que ha y entre tus dones y los dones de los hombres. Pero, que digo, oh Dios mío, ¿qué podrás darme en el cielo que sobre pase el don inestimable de Ti mismo que me has dado aquí?

¿Cuántas veces, Señor, me han recomendado de tu parte de no entregarme a las inquietudes y a la turbación que me separaran de Ti?

Se me ha asegurado que me era más fácil que a nadie nunca ofenderte. Se me ha enseñado a encontrarte dentro de mi corazón en el momento que percibo que me he extraviado. Se me ha dicho que El siempre está presto, a toda hora, a todo momento, a recibirme. Se me ha asegurado, también, que este retorno alegraba su Divino Corazón y me ha dicho, tantas veces, que el sentimiento no depende de mí y que era suficiente volver mi voluntad hacia El y de conformarme a la suya, a pesar de todos los sentimientos contrarios.

Se me ha recomendado en ningún momento alejarme de la comunión por las fragilidades involuntarias. Se me ha asegurado el amor de mi Jesús que quiere desde ahora liberarme de todas las cosas. Se me ha asegurado, además, que nuestro Señor Jesucristo quiere venir a mi corazón para ser desagraviado de las ofensas que le hacen todos los días y se me ha dicho también, que El me prefería a los millones de creaturas, que aunque no le hayan ofendido tanto como yo, no han sido amadas tan particularmente y que no les hace ningún agravio tratándolas según el rigor de su justicia, pero El me hace sentir que contigo actúa según su misericordia.

Se me ha dicho también de Tu parte, oh Dios mío, que estaba destinada a ser madre de los pobres y esposa de Jesucristo y un serafín en este mundo y en el otro. Que feliz destino! Haz oh Dios mío, que yo lo cumpla. El me ha dicho también, que debía ser en todo lugar un ángel de paz, que debía amar a las personas que me hayan causado cualquier pena, con las más viva ternura, no viendo en ellas más que la amable persona de Jesucristo; que esta visión me volvería tal acción, no solamente fácil sino que me parecería dulce.

Grava en mi corazón, oh divino Jesús, los preceptos que tu has dictado a aquel que me anunciabas tu voluntad sobre mí. No permitas que me engañe. Tú te has llevado a mi guía; dame a alguien que sea según vuestro Corazón y por consiguiente digno de reemplazarlo. Condúceme tú mismo, oh Dios mío a los pies del ministro que debe llevarme directamente, perfectamente, a Ti. Me abandono a Ti, pongo mi alma entre tus manos, haz de mí lo que te plazca. Que yo diga, oh Dios mío, con aquél que Tú has llevado de este mundo a gozar cerca de ti: En la aflicción o en la alegría es el Señor! Que su amable voluntad se cumpla en mí.

Quiero recordar todavía las últimas palabras de la guía que tú me has dado. Me dijo el lunes santo: “Usted hubiera avanzado si hubiera querido! El demonio la ha desviado, usted le ha escuchado. Pero en fin, gracias a la misericordia de Dios,, está en el camino, marche por ahí constantemente, hasta la muerte”.

## **ANEXO 2.4**

### **RETIRO DE OCTUBRE 1776 PERSEVERANCIA EN SUS DESEOS DE SEGUIR A CRISTO EN LA VIDA RELIGIOSA**

El 1º de octubre de 1776, haciendo un retiro de 3 días, Dios me ha colmado de gracias y me ha inspirado después de la comunión de la mañana, un más ardiente deseo de servirle y amarle y una pena más viva que nunca de haberlo ofendido. He tomado la resolución de no faltar a levantar mi corazón a El en cuanto me despierte, a la media hora de oración de la mañana, y otro tanto en la noche, una lectura, la atención al santo ejercicio de la presencia de Dios, meditar en la pasión de Nuestro Señor en la misa, continuar con la comunión diaria si no me lo prohíben.

He ofrecido a Dios obedecer a mi mamá como una religiosa a su superiora, de someterme a ella en todas las cosas, a menos que la prudencia cristiana me dicte lo contrario. Con la gracia todopoderosa de Dios, en la que desde ahora quiero poner toda mi confianza, quiero ser de una dulzura inalterable; espero que El me concederá la gracia de no consentir el mal humor ni un solo momento, ni interior ni exteriormente, contra las personas que me hagan sufrir, quiero colmarlas de amistad y de beneficios y nunca consultar a este respecto, las razones que me serían dictadas por la prudencia humana para obrar de otra manera.

Quiero así mismo, con la gracia de Dios, aniquilar todo pensamiento que pueda no solamente separarme de El, ni siquiera desviarme. Pondré sobre todo atención a despreciar el qué dirán para liberarme del respeto humano. Dios mío, no permitas que entre en mi corazón, más que el temor de desagradarte o el deseo de amarte. Quiero arreglarme de manera de destruir mi vanidad, pensar en algunos momentos en lo que sucederá con mi cuerpo después de la muerte. Renuevo con todo mi corazón y desearía que fuera con el ardor de un serafín, la consagración que he hecho de toda mi persona a mi divino Esposo. Estoy lista a cumplir su voluntad cuando El me la manifieste. Le he agradecido miles de

veces de haberme escogido por su esposa a pesar de mi ingratitude. No tengo palabras, oh Dios mío, para expresar el horror que tengo de mis abominables infidelidades, el grande agradecimiento que me inspira los favores con que tú me has colmado y la gracias preciosa de mi vocación que te has dignado concederme hoy.

Vacilo en escribir estas últimas líneas. No es que me resista a Tu voluntad, es el temor de no conocerla tal cual es, yo solo quiero lo que Tú quieres, mi divino Jesús. Dame tanta desconfianza de mí misma, como confianza en Ti, y haz, te ruego encarecidamente, todo lo que te plazca de mí, con tal de que Adelaida sea toda de Jesús su Esposo.

## **ANEXO 2.5**

### **RETIRO DE 1783 SU VOLUNTAD DE ADHESIÓN TOTAL A JESUCRISTO Y A SUS “MIEMBROS SUFRIENTES”**

#### **Retiro en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen agosto de 1783**

Tomo la resolución de pedir sin cesar a Dios la gracia de conservar y de aumentar todos los días en mí el terror al pecado que El me ha inspirado , el cual quiero evitar con el mayor cuidado. Temeré más que todos los males del mundo, todo pecado voluntario y tomo la resolución de preferir exponerme a cualquier desgracia antes que cometer un solo pecado deliberadamente.

Tomo también la resolución de ser fiel, tanto cuanto me sea posible, al Reglamento de la vida que me he propuesto, media hora de meditación por la mañana y por la noche, la Misa todos los días, (oración, rosario, lectura en común), la Visita al Smo. Sacramento, por la tarde, la práctica exacta del ejercicio de la presencia de Dios durante el día.

Deseo recibir todos los acontecimientos como venidos de la mano de Dios, grandes o pequeños, felices o desagradables, desde el primer momento de reflexión sobre todas las cosas que suceda n. quiero reconocer la divina voluntad y alegrarme en el cumplimiento de ella Si mi debilidad no permite llegar a eso en los acontecimiento penosos, quiero, al menos, someterme enteramente, pidiendo a Dios una disposición más perfecta si eso espera El de mí.

Deseo exhortarme cada día más, para desconfiar de mí misma y confiar en Dios, a pesar de mis enormes infidelidades. Las bondades que El me hace sentir, me inspiran la resolución de lanzarme entre sus brazos, sin, por otro lado, olvidar jamás el abismo de miseria desde el cual El me ha sacado tantas veces. Quiero siempre recordar con el más vivo y perfecto agradecimiento el perdón generoso que El se ha dignado concederme a pesar de las recaídas más criminales, las ingratitude más negras, en fin, a pesar de todo lo que lo debía alejar de mí para siempre. Pueda esta santa consideración incitar en el interior de este malvado corazón el agradecimiento y el amor desde el cual debe estar penetrado hacia el buen Maestro, al servicio de quien quiero desde ahora vivir y morir. Yo le consagro, por consiguiente, todos los movimientos de este corazón infiel, todos los pensamientos de mi mente, todos los actos de mi voluntad. Tomo la resolución de referir



todo a Dios y de pedirle la gracia de que El mismo purifique todas mis intenciones. Espero también, que El me concederá el tener siempre los ojos abiertos para rechazar todo lo que le desagrade y practicar todo lo que le place con toda la fidelidad que El desea de mí y de la cual El me hará capaz. Tomo además la resolución de ejercitarme en el odio y desprecio que debo tener por mí, que me sienta culpable de tantas ingratitudes hacia Dios tan bueno. Si los hombres pudieran conocer aquellos puntos en los cuales le soy infiel, sería a sus ojos como a los míos, un monstruo digno de todas las desgracias e indigna de todas las gracias.

Deseo ser de una dulzura inalterable, de una indulgencia extrema hacia el próximo, estimarlo tanto cuanto yo me desprecio. Trataré de no dejarme llevar jamás por el mal humos y por la naturaleza. No conservaré un solo instante el más ligero resentimiento contra alguien. Al contrario, me haré un deber el buscar las ocasiones de complacer a las personas que me han dado alguna pena. Seré feliz de encontrar las oportunidades preciosas de agradar a Nuestro Señor y tendré la suerte, con su gracia, de no dejarlas escapar.

Quiero también no quejarme de nada y no ver más desgracias en la vida que haber ofendido a Dios. No haré caso, en lo que me resta de vida, más que de emplearla en reparar el pasado por todos los medios que me serán indicados de parte de Dios.

Tomo la resolución de ayunar todos los viernes, e menos que mi salud me lo impida, si no obstante esto, Padre, usted me permite esta ligera mortificación querría acompañarla de algunas otras, sobre todo esos días, porque tengo gran necesidad de penitencia y no he hecho ninguna que sea en proporción a mis ofensas.

Deseo obedecer a mi madre en las cosas más pequeñas a menos que haya una buena razón para no hacerlo; en tal caso, se lo representaré con respeto. No descuidaré ninguna ocasión de llevarla a Dios. Haré otro tanto cuando trate con el prójimo a quien haré siempre todos los servicios que de mí dependan y pidiendo al mismo tiempo a Dios no distraerme por ello de su presencia, quiero ocuparme siempre de esta felicidad, (espero sin embargo mucho más de la misericordia de Dios que de mis esfuerzos) de la presencia interior de Dios en mí, y guardaré con ese fin el silencio que me sea posible según mi situación.

Quiero mantener sin cesar en mi corazón un vivo dolor de mis pecados que más me ha ocupado y que me ha dado la mayor consolación: Durante un retiro, que me quedaba a los pies de Nuestro Señor con María Magdalena y me excitaba a los sentimientos que animan a esta bienaventurada penitente, sobre todo en el momento que ella obtuvo el perdón de sus pecados de la boca misma de Jesús y al pensamiento del momento en que nuestro Señor descolgado de la cruz fue puesto en los brazos de la Santísima Virgen.

Después de mi divino Salvador, es en esta buena Madre en quien quiero poner toda mi confianza y darle en toda ocasión pruebas de mi agradecimiento por las gracias que he obtenido por su medio, en particular la de mi conversión, que Ella seguramente he pedido con frecuencia a su Hijo querido. Todas las desgraciadas experiencias que he tenido de mi debilidad, me hacen sentir la necesidad extrema de que debo ser conducida como un niño, no habiendo sabido hasta hoy por mí misma, más que extraviarme.

Deseo ser de una entera docilidad hacia usted Padre, que tiene para mí el lugar de Dios. No deseo hacer lo menor cosa por poco importante que sea sin que usted lo decida, le pido esta gracia.

Quiero tender con todas mis fuerzas a la práctica fiel de esta máxima TODO PARA AGRADAR A DIOS NADA PARA SATISFACERME.

Tengo, desgraciadamente motivos de desconfianza, por mi funesta experiencia, de que estas resoluciones no sean más que el efecto de un momento de fervor pasajero, a pesar de que sean fundadas sobre el conocimiento de mí misma, de mis enormes infidelidades, de las gracias de Dios y del reconocimiento que le debo. Siento ya algunas veces debilitarse estas resoluciones y esta sola idea me hubiera desesperado si Dios no me inspirara al mismo tiempo confianza en que El quiere por fin poner por Sí mismo término a mis ingratitudes. Le pido de todo corazón a ese Dios misericordioso, me conceda por toda la vida el espíritu de penitencia y de amor, puesto que me es permitido todavía amar a este Dios tan bueno, tan amable, a quien tanto he ofendido y a quien debería hoy amar mil veces más. Aún quiero más, con su gracia, aprovechar todas las ocasiones de hacerlo amar de los otros y tratar de reparar así, en tanto que sea capaz de ello, la desgracia infinita de haberlo ofendido tanto.

En relación con lo que poseo, querría que me fuera posible, dada mi posición, no disponer de nada más que por obediencia, especialmente en lo que mira a lo personal, deseando desasir mi corazón de todas las cosas, para no adherirme más que a Jesucristo.

Así sea.

## **ANEXO 2.6**

### **“PROYECTO DE UNA SOCIEDAD PIADOSA” 1785**

**Verdadero reto, para su época, a las formas de vida religiosa tradicionales.  
A la mayor gloria de Dios.**

Proyecto de una Sociedad Piadosa

Se trataría de que algunas personas se reúnan y que a pesar de su calidad de pensionistas, conserven sus bienes ante la comunidad donde residan, vivirán en común, sea en una casa de retiros, hospital, etc. Harían por un año solamente, los votos simples de castidad, pobreza y obediencia, no podrían ser recibidas en la asociación sin tener por lo menos 800 libras de renta, ya que las pensiones que ellas pagarán a la casa donde se adscriban, serán 400 libras para sostener una casa que sea útil para la gloria de Dios y el bien del prójimo.

Seguirán el reglamento de los ejercicios espirituales de la casa donde ellas estén, como por ejemplo el que se sigue en la Casa de Retiros de Rennes. Se levantarán a las 5 horas en verano y media hora más tarde en invierno, irán al coro, harán media hora de oración, salmodiarán en común las 4 Pequeñas horas del Oficio de la santísima Virgen. En

seguida asistirán a la oración y a la Misa, harán una media hora de lectura en el curso de la mañana y una media hora de silencio para reflexionar sobre lo leído.

Después las hermanas nombradas por la superiora (que las hermanas escogerán y que lo será durante el tiempo que se considere conveniente fijar), podrán visitar a los enfermos, sean de dentro o de afuera (sería siempre deseable establecerse de manera de tener pobres y enfermos cerca de sí), o a otras buenas obras.

Otras se emplearán en el trabajo en común, en tanto que sea posible, sea para la Iglesia o para los pobres, en silencio, entremezclado de cánticos y reaspiraciones. A la hora del examen de medio día se tendrá un momento de coro: comerán en seguida, todas juntas, mientras que una hará la lectura. Después tendrá lugar la recreación.

A una hora, si se desea, se podrá rezar el Rosario, delante del Santísimo o en la Sala de la Comunidad. Después cada una podrá pasar el tiempo hasta las Vísperas en sus propios cuartos o en recogimiento se ocuparán de cualquier obra manual o lectura piadosa. La salida de la tarde para los enfermos u otras buenas obras, podrán hacerse antes o después de Vísperas, según sea necesario, a criterio de la superiora. No saldrán dos veces al día a fin de tener un poco tiempo para el recogimiento. Los domingos y días festivos, podrán ir dos a la Misa Mayor y otras dos a los Oficios de la tarde.

Sería deseable que fueran suficientemente numerosas, para poder pasar cada una, una semana o, por lo menos varios días sin salir, para mantener el espíritu de retiro, a menos que el pequeño número o las necesidades el prójimo no hagan pensar de otra manera.

Después de Vísperas, que se dirán a las tres horas, podrán hacer una media hora de oración ante el Santísimo y darán algún homenaje a la Sma. Virgen, sea rezando un segundo rosario o la Pequeña Corona y de allí en adelante ocuparse juntas en la sala común, haciendo una lectura, por ejemplo, de la Vida de los Santos, hasta las cinco en que se rezarán las Completas. Después de la media hora de oración, un momento en sus cuartos hasta la cena será a las 6. la recreación terminará a las 8. se reza Maitines o Laudes, la oración de la noche en seguida, acostarse a las 9 y media a más tardar.

En tanto que se pueda, se seguirá el Espíritu de San Francisco de Sales y las sabias Constituciones de la Visitación, tanto cuanto se puedan acoplar con las obras de caridad que se propone ejercer, siguiendo el primer plan de la San Francisco de Sales para su Instituto, quería juntar en un principio, la vida activa a la vida interior que llevaron sus hijas.

El voto simple de pobreza, no impedirá que cada una disponga de su patrimonio, pero el de obediencia no permitirá usarlo, más que con el permiso de la superiora, a quién será entregado el ingreso de cada una a fin de que ella pague en común la pensión de todas y que el resto conforme a sus disposiciones, sirva para las diferentes necesidades de los pobres, ya que ella se encargará de proveer de todo lo necesario a cada uno de los miembros de esta Asociación. Por este medio, sus bienes estarán en común como los de los primeros fieles, para servir a las diferentes necesidades de sus hermanos indigentes.

La manera de vestirse será sencilla y uniforme. Las HH no tendrán ningún cuidado de lo temporal. Cuidarán una de otras cuando se enfermen y no tendrán ninguna inquietud en lo que les atañe, de manera que estarán del todo liberadas para la oración y las buenas obras que se presenten, ofreciéndose a Dios por medio de la obediencia para cumplir con todas aquellas que la Providencia le encomendará. Por ello podrían llamarse Hijas de la Presentación de la Santísima Virgen, porque se ofrecerán por ella a Nuestro Señor para cumplir en todo su voluntad sin proponerse nada en particular, más que el bien espiritual y temporal del prójimo.

El compromiso será libre, solamente por un año. Si esta forma de vida satisface, renovarán cada año su compromiso en manos de la superiora, el día de la Presentación de la Santísima Virgen.

Harán cada día frecuentes visitas a Nuestro Señor en su Sacramento de amor, aprovecharán para ello, todas las idas y venidas a la casa al salir para hacer las visitas a los enfermos.

Se emplearán en Retiros y obras buenas que se lleven a cabo en la casa donde viven, tanto para hacer los Ejercicios como para la instrucción de los pobres, cuidando de no mezclarse más que en lo que les sea permitido.

Renunciarán a todas las visitas inútiles aún con sus parientes si no son en los momentos de aflicción, de enfermedad, por un principio de caridad con el permiso de la superiora a quien dará cuanta de todo. Se evitarán también recibir visitas si no es por este motivo, y nunca dentro de los cuartos, sino en una sala destinada a charlas con las persona de afuera. Las HH: evitarán entretenerse entre ellas con cosas inútiles en los tiempos de recreación. Los ejercicios de caridad, en los que ellas se ejercitarán y ocuparán, podrían ser el tema de sus recreaciones.

No será obligatorio reemplazar los ejercicios de piedad a los que ha faltado, cuando el tiempo de ellos haya sido empleado en obras de caridad. Solamente en casos de enfermedad, se podrán faltar a los ejercicios de piedad que tengan lugar en la casa durante el día. En cuanto a los ejercicios de la mañana o de la noche, no se podrán dispensar de ellos solamente en casos extraordinarios, pues durante este tiempo no se cuidará de los pobres.

Se podrá en lo referente a lo comunitario habilitar a alguien que se encargue de los asuntos de cada una, a fin de que las cosas de este mundo les ocasionen menos distracciones.

## **ANEXO 2.7**

### **RESOLUCIÓN DE VIVIR SUS VOTOS (Alrededor de los años 1791 – 1792)**

**Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo y su Santa Madre.**

Propongo, por la gracia de Dios hacer todo lo que de mí dependa para cumplir los votos con tanta más fidelidad cuantas más faltas tenga de reprocharme, que el tiempo que me queda para reparar el pasado es necesariamente corto, siendo ya de una edad avanzada; que las gracias que Dios me ha hecho, han sido muy grandes y muy frecuentes durante toda mi vida y mi resistencia casi continua.

Quiero comenzar en relación a mi voto de pobreza, a desasirme de corazón de todo lo que tengo o de lo que podré tener, a despojarme sin cesar, interior y exteriormente de todo, en tanto que la obediencia me lo permita. Opondré al apego de los bienes de la tierra que ha sido para mí la fuente de tantas faltas, el mayor desasimiento. No me contentaré solamente con amar estas cosas y no apropiármelas sin permiso, sino que estaré bien persuadida que pertenecen sólo al Señor.

Oraré de igual manera que los demás que no han abusado y los merecen más que yo, y los emplearé a su servicio con alegría, si eso agrada al Señor.

Si el me reduce a mi mayor bien, a depender absolutamente de los demás para lo necesario y que yo no pueda recobrar nada, lejos de afligirme, me esforzaré por regocijarme y aprovecharé en toda ocasión esta situación para reducirme a la condición de los pobres. Me aplicaré a despreciar todas las cosas de las que he sido desgraciadamente esclava, siempre que se me presente a mi recuerdo. Traeré a la memoria lo indigno y miserable que son; hubo un tiempo que ellas compartieron mis pensamientos y las afecciones de mi corazón con Dios, que la adhesión a las, ha sido para mí la fuente de una infinidad de pequeñas injusticias hacia el prójimo, haciéndome faltar por no darle lo que era debido dentro de la justicia exacta, y con frecuencia también, lo que la justa compasión por sus necesidades debería haberme comprometido a dar para socorrerlo.

Ha habido un tiempo considerable de mi vida, aún después de mi compromiso religioso que he tenido como el corazón como enteramente cerrado a las necesidades del prójimo. Mi situación temporal me ha servido de pretexto para desconocer del todo el abandono a la divina Providencia, aún cuando fuere con frecuencia recordado por Aquel que juzga todo. A pesar de sus avisos y amonestaciones estoy con frecuencia afligida y apesadumbrada por mi posición. Ponía como pretexto la dificultad en que me encontraba, de no recibir nada, de proveerme del gasto común, lo que hacía de una tacañería aterradora. Sin embargo, nunca me faltó nada pero este miedo me atormentaba sin cesar, y venía, según me parece con dos principios: temía me faltara no sólo lo necesario, sino las cosas que creía imposibles pasarme sin ellas y mi orgullo me hacía temer el depender de otros. Estas disposiciones me hacían áspera y codiciosa al más pequeño interés, sea en la venta de algunos de los efectos, sea en la hechura de algunos pequeños trabajos en los que emplee tiempo en contra de la obediencia, mi superiora se quejaba de este tiempo robado a mis deberes.

En cuanto a las cosas de las que me he servido, sin exceso, por cuanto a la calidad, viéndome como forzada a usar lo que yo tenía, o lo que mi hermana, reconozco y creo que es fruto de saludables reflexiones, que este que veo y que entiendo aquí, me hace actuar. Creo, por otra parte, en cuanto a estas cosas, no solamente no me las debo permitir como he hecho muchas veces porque no las compraba, pero haría mejor de deshacerme, aún con

pérdida, de algunas de ellas que no van de acuerdo a la sencillez religiosa, cosas a las que había renunciado y cuyo uso me ha dado de nuevo el mismo gusto.

Me propongo para poner en práctica alguna reforma, hacer uso de algunas bagatelas que aún conservo para aquellas que mis Hn. Que pudieran tener necesidad de ellas a quienes no pueden perjudicar.

Si mis superiores lo aprueban y la situación lo permite, tomaré de nuevo un antiguo vestido negro, me dispondré con la gracia de Dios a hacerlo sin atender a mi repugnancia que ya se hizo sentir; me esforzaré por regocijarme en espíritu por esta ocasión de humillar mi amor propio y de practicar la pobreza y la sencillez.

En la comunión de hoy, he tratado de dar mi corazón al buen Dios más perfectamente que nunca. He deseado (es el pensamiento que me ha venido) que mi corazón fuese revestido y adorado con la perfección de los votos de religión; que esta ofrenda de mi corazón, me haya desprendido enteramente de todas las cosas de la tierra: que Jesucristo sea mi único tesoro; que en oposición a mi sensibilidad por las criaturas, que ha sido para mí la fuente de tantas y tan grandes faltas, no ame nada más que a Dios, pero que ame también al prójimo como siempre he sentido el atractivo para procurar su bien espiritual.

En cuanto al voto de obediencia, que no tenga más voluntad propia, que la haga morir en todo momento para reparar mi resistencia a la voluntad de Dios y a la de aquello que tenían su lugar.

### **ANEXO 3.1**

#### **Carta del abate de Boursoul a Adelaida sobre el deseo de compartir sus bienes (entre 1770 y 1774)**

Señorita:

Omití decirle que si el consejo que le di es de su gusto y de su madre, como es del mío, usted puede hablar de ello al Señor Belletier. Puede también decirle que me ha consultado y que yo le propongo este proyecto como lo más útil para usted y lo más ventajoso para los pobres y lo que más agradable al buen Dios.

Cuando el Señor Belletier hable de ello en el Bureau, yo querría que usted le suplicara exigir de su parte, que la suma que usted aporta sea colocada en el campo o en un contrato de Constitución, o en un reembolso por parte del hospital por la misma cantidad, a fin de que el hospital no se incomode de tener que pagar la renta mientras usted viva y que el fondo sea asegurado a perpetuidad a favor de los pobres.

Es necesario, en consecuencia, escribir de su mano estas condiciones, de las cuales le envío al modelo y enviarle este escrito al Señor Belletier, a fin de que el Bureau se haga cargo cuando él parta y que él exija la ejecución.

### **ANEXO 3.2**

#### **Carta de Adelaida al abate de Boursoul sobre su deseo de comulgar más frecuentemente**

Al Señor Boursoul, guardián del Hospital de Saint Rennes, 22 de agosto de 1771.

Permítame, señor, reiterarle mis agradecimiento por sus bondades hacia mí. No sabría expresarle hasta qué punto lo estoy agradecida. Le envió los libros que se ha servido prestarme; me excuso de la molestia que se tomó ayer por la noche para venirlo a recoger.

Me tomo la libertad de escribirle para pedirle permiso de comulgar, cuando tenga la oportunidad de hacerlo, con más frecuencia que cada 8 días. Olvidé ayer preguntarle lo que usted desea que yo haga en relación a esto. Si usted pudiera enviarme una palabra en respuesta hoy, me haría un gran favor, ya que salgo muy temprano. Tengo el honor de ser, señor, con los sentimientos de respeto y de agradecimiento que le debo, su muy humilde y muy obediente sierva.

#### **CICE**

Si usted me permite comulgar algunas veces por la semana trataré de ir de cuando en cuando a la parroquia para aprovechar. La señora de Pontbriand de la Caunelaye a quien he visto en Dinan, me ha suplicado darle sus noticias y pedirle le encomiendo a sus oraciones. Su salud va mejor, ella conserva los principios que ha recibido de usted.

### **ANEXO 3.3**

#### **Respuesta del abate de Boursoul al anexo 3.2: se apoya sobre el germen de vocación discernido en ella**

Hemos omitido ambos hablar de la Sagrada Comunión, aún cuando lo tenía en mente. La abundancia y la importancia de las cosas que Dios me inspiró decirle, me hicieron olvidar este punto tan importante como los otros. Sí, señorita, yo le permito con todo el corazón y con la más grande satisfacción recibir a su celestial Esposo, tan frecuentemente como usted pueda. Persuadido de que El va a tener más que nunca sus delicias en su corazón que me parece hoy más entregado, y entregado para siempre y sin alternativas a su servicio y amor. El la ama infinitamente, usted va a amarlo, así lo espero con toda la capacidad de su buen corazón. Y por sus sabios consejos avalados de sus santos ejemplos, le hará amar en el campo y la ciudad. Una vida así, será coronada de una muerte preciosísima. La una y la otra la conducirán al final feliz de los santos y a la morada inmortal de la santidad.

### **ANEXO 3.4**

#### **Tres cartas del Abate de Boursoul que revelan el tipo de relación entre él y Adelaida. A pesar de no poseer las cartas de Adelaida, se pueden adivinar sus objeciones, sus deseos y los rasgos de su personalidad. (Archivo de las H.C.M)**

Señorita:

1. Le he dado tiempo para hacer sus reflexiones delante de Dios. Por mi parte he hecho las mías, como las hago de ordinario, durante y después del Santo Augusto Sacrificio del altar. Si desea conocer el resultado de mis reflexiones, puede usted venir a buscarme hoy o mañana por la mañana. No nos veremos pues más en estos bellos días en que estaba muy contento de usted...! En que usted misma estaba tan atenta a escuchar la voz de Dios y tan fiel y ardiente para seguirla? Es necesario, ¡ay! terminar tan mal, después de haber comenzado tan bien?

Vuelva a las mismas disposiciones que tenía cuando vino por primera vez conmigo. Tenga las mismas disposiciones y sentimiento de seguir todo lo que se le ha dicho en nombre del Señor y de seguir paso a paso la ruta que se demuestra para llegar a El y por merecer la dicha infinita de poseerlo durante la vida y en la muerte y después de la muerte. He aquí mi sólo y único propósito. Que esto sea también lo único que usted se proponga en adelante y a la cual tienda con todas las fuerzas, y sin jamás desmentirse por la más exacta y constante obediencia.

2. Le escribo por última vez señorita. Y lo hago al bajar del Santo Altar, en donde he estado como todos los días ocupado de usted y de su alma.

Me impresionó saber, que la pequeña enfermedad que Dios le envió en su bondad, la haya alejado de Él. No quiero que esté por más tiempo alejada de El como sucedía infaliblemente antes que usted pudiese hacerse conocer de los demás tanto como yo la conozco hoy. Quiero que venga esta noche después de vísperas para disponerle a encontrar la gracia de Dios.

Espero que ella coronará su obra y le obtendrá al fin la preciosísima gracia de oponerse constantemente a sus imaginaciones y a sus ilusiones, y una perfecta docilidad para creer que lo que se le dice es en el nombre del Señor, y una obediencia perseverante para lo que se le prescribe y lo que se prescribirá para complacer a su celestial Esposo.

Le haré hacer el miércoles, el voto de castidad por algún tiempo, a fin de que usted pueda estrechar con El una unión más perfecta que nunca.

La espero esta noche.

3. Ignoraba, señorita, que usted... un voto que solamente le había permitido por un tiempo... conveniente y usted ha experimentado por sí misma qué peligroso es obedecer. Es una falta básica que ha sido seguida de muchas otras. Dios las ha perdonado todas y las ha cubierto con su sangre. Y me parece que ese Dios toda amabilidad u todo amor por usted, lejos de castigarla la inunda más que nunca de sus gracias.

Vuélvase a El con más generosidad y constancia, no se perdone nunca a usted misma lo que El misma ha tenido a bien perdonarle con tanta generosidad. Conságrele su corazón y todo corazón, su amor y todo su amor. Séale fiel hasta la



muerte, hasta la muerte, pero sin nunca comprometerse con los votos perpetuos. Continúe pidiéndole, pero con un fervor siempre nuevo, la preciosa gracia de morir como su esposa, más que de vivir ligada de un bien tan noble y de una augusta alianza. Pero una vez más tome una resolución, firme e inquebrantable y pida sin cesar a Dios que la afiance en ella hasta su último suspiro. Pero nada de voto.

No es verdaderamente es espíritu de Dios quien la hizo hacer un voto perpetuo, desobedeciendo; es el espíritu del demonio que le ha tendido una trampa. El mismo espíritu le ha inspirado pesares indignos y un arrepentimiento vergonzoso de haber consagrado a Dios una libertad que de El sólo ha recibido. Usted ha tenido desviaciones que han lastimado su divino Corazón y que han injuriado la delicadeza de su amor. Las mismas ocasiones pueden producir los mismos efectos. No dé más ligar a votos indiscretos. Ha hecho muy bien de exponerme la conducta que yo ignoraba, ya que así puedo prevenir de nunca más exponerla a parecidos peligros.

Estoy contento que haya sido fiel de comulgar sin tener necesidad de confesarse. La exhorto a continuar de la misma forma hasta el retorno y a comulgar tantas veces como pueda hacerlo. Cuando no lo pueda hacer, recurra a la comunión espiritual, la cual observando lo que le he prescrito, llevará los mismos frutos y le procurará las mismas gracias que la comunión real.

1 de mayo.

#### **ANEXO 4.1**

##### **Carta de Beurrier (Eudista, director de Adelaida hacia 1777) aprobando su entrada a la visitación**

Señorita,

Recibí durante mi estancia en Mavenne, la carta que usted me hizo el honor de escribirme en Cuaresma y respondo a ella inmediatamente. Al salir de aquella región para venir a Rouen donde vive, pasé por Evreux, donde supe que me habían enviado cuatro cartas que me fueron devueltas porque no sabía donde encontrarme. Aún no las recibo. Puede ser que de la que usted me habla en su última sea una de ellas. Si se trata de la carta en la que usted me comunica que debe entrar en el convento el 2 de mayo, yo la recibí. Si no había respondido a ella, es porque temí que mi carta ya no la encontrara en su casa y que fuera a caer en manos de personas a quienes ni usted ni yo, creeríamos conveniente darle la noticia. Lo que haya sido, le suplico estar persuadida que nada de lo referente a la salvación de su alma me será jamás indiferente.

La felicito por haber adelantado 3 días su entrada a Colombier. En las circunstancias por las que pasa, no había tiempo que perder. Las sospechas bien fundadas que se tenían de su intento, serían muy pronto por la certidumbre y hubieran podido conducir a alguien a hacerme mover ciertos resortes para que hubiera hecho fracasar lo emprendido.

No me sorprende nada las dificultades que ha encontrado en su nuevo estado. Lejos que ellas me poner en duda su vocación, las miro como sugerencias de nuestro enemigo común, que previendo que el abrazar este género de vida, encontrará muchos socorros para

avanzar en la virtud, hace los últimos esfuerzos para desviarla. Pero, sosténgase, señorita, reflexionando sobre la pasión de Jesucristo. Este divino Salvador, que ha sufrido tanto para testimoniarnos su amor, bien merece que suframos algo para testimoniarle el nuestro. En fin, El no la abandonará y no permitirá que sea tentada más allá de sus fuerzas, El vendrá en su socorro. Diríjase a su Santa Madre; ha tenido siempre mucha confianza en ella. Confíe cada vez más y experimentará su asistencia. Ruegue a tantos millares de santos que han vivido y han muerto en el estado religioso, algunos de ellos han experimentado e los comienzos tentaciones más violentas que las suyas. Ellos las han superado, han perseverado, están actualmente en el cielo; ¿lo estarían si hubieran abandonado su primer proyecto? Es muy dudoso. Pídales que le obtengan de Dios que puesto que usted se encuentra en las pruebas que ellos han superado le alcancen una fidelidad como la suya.

Recuerde sobre todo las penas que Santa Teresa tuvo que sufrir a su entrada en religión. En un principio fue valiente, pero cuando llegó el momento de ejecutar su proyecto, experimentó grandes repugnancias; hastío, disgusto, pavor: el demonio mismo tomó parte y le causó dolores tan violentos como si le hubieran torcido los miembros. Santa Chantal se encontró en la misma situación; después de haber tenido el valor de dejar a su padre, y a sus hijos, después de haber sido arrancada de su país natal, y ser transportada a una tierra extraña, sentía a punto de consumir su sacrificio, penas interiores muy violentas. Una y la otra en estos combates semejantes a los suyos, vencieron con el socorro del cielo por ese mismo medio que usted vencerá como ellas y que perseverará en su santa vocación.

En relación con monseñor, el Obispo de Auxerre, estoy persuadido que él desea mucho su salvación para querer oponerse a quien pueda facilitar los medios para ello. Usted debe desengañarlo en relación con la sospecha que él pudiera tener de que ha hecho una especie de violencia de amistad y de súplica a la Señorita de Cicé para comprometerla a seguirle. Exponiéndole las cosas simplemente como han sucedido, él le hará justicia y no podrá más que aprobar unas gestiones en las que ha guardado todas las reglas de la prudencia cristiana.

A partir de mañana, en el Santo Altar, la encomendaré especialmente a nuestro Divino Salvador, lo que continuaré haciendo durante 9 días en honor a los 9 coros de los Ángeles. Estos bienaventurados espíritus, se interesarán cerca de Dios para obtenerle el socorro que usted tiene necesidad. Sobre todo aquel a quien la Providencia le ha encargado de conducirla al cielo, no faltará para socorrerla contra los ataques del que ni s su enemigo más porque lo es de... una su intención a la mía. Subo al Altar ordinariamente a las 6:30 horas. Así todos los días durante esta novena teniendo a Jesús entre las manos, hacia los 6:45 horas, le hablaré que puesto que El quiere escogerla por esposa, no permita que usted rehusé el llegar a serlo.

No había caído en la cuenta que comenzando mi novena a partir de mañana, usted no podría unirse a ella; la aplazo para el día de San Juan Bautista para terminarla el día de la Visitación.

Adiós, señorita, ruegue por mi que soy y será siempre con todo respeto, su muy humilde y obediente servidor.

Le Beurreir

## 4.2

### **Carta del obispo de Auxerre, hermano de Adelaida, al obispo de Rennes, que testimonia las gestiones hechas para obligar a Adelaida a dejar la visitación**

Mil gracias, Monseñor, por las medidas que ha tenido a bien tomar para retrasar la toma de hábito de mi hermana y por reservarme usted mismo, como me lo había hecho esperar, el examen de su vocación. Parece que ella ha apreciado así mismo la superiora y la comunidad, la sabiduría de esta determinación y todas las personas a quienes yo he tenido información en este caso, han aplaudido.

Aun cuando mi madre parece actualmente muy contenta de permanecer en Colombier y que su salud se encuentra bien por el aire que respira allí, resulta que se acostumbrará maravillosamente a permanecer ahí en tanto que se encuentre bien, pero no puede resultar bien que ella se encierre a perpetuidad y renuncie a la facultad de cambiar de aire y de tomar las aguas si su gusto o las órdenes médicas exigieran que cambiara de domicilio.

Es reconocido y se convino en un principio que la clausura de mi hermana traía aparejada la de mi madre, como inseparable de su hija por no poderse pasar sin sus cuidados. Actualmente se dice, que si mi madre se viera obligada a cambiar de aire o de ir a tomar las aguas, podría hacerse acompañar de una de las señoritas Bintinaya, sus nietas en lugar de mi hermana. Cualquiera que sea su celo y su ternura, se admitirá, y mi hermana no podrá negarlo, que esos cuidados no podrían reemplazar su experiencia y sus propios cuidados. Es por tanto evidente que el interés esencial de mi madre es sacrificarse por los compromisos de mi hermana querría contraer antes del tiempo en que la Providencia la descargará del cuidado de mi madre llevándosela del mundo. Querer desprenderse antes de tiempo, es ir contra el espíritu de la Iglesia que permite a los religiosos comprometido con la clausura, salir de ella por necesidades esenciales de sus padres y sus madres.

El asunto de mi madre parece decisivo en contra de la vocación actual de mi hermana; además en relación con mi hermana, tengo temor que esa vocación no sea más que el efecto de un celo mal entendido y que la prosecución de las primeras gestiones, como sucede con demasiada frecuencia, no forme para ella una cadena de compromisos que sólo usted, Monseñor, puede ayudarle a decidir a romper, al menos por un largo tiempo.

Yo desearía profundamente, que con motivo del examen de su vocación al cual procederá seguramente con toda la madurez digna de usted, quisiera cambiar opiniones con el señor y la señora de Bintiyane y que platicase también, pero muy secreto y sin que nadie lo sepa, con el señor Belletier rector del Hospital, hombre, muy sensato y que nos ha estado muy unido y que siempre ha tenido mucha relación con mi madre y mi hermana.

He escuchado con frecuencia decir que el señor Boursoul, el antiguo director de mi hermana, no sabía nada sobre que ella entró de religiosa.

Le renuevo la seguridad de mi agradecimiento, así como la respetuosa adhesión al que tengo el honor de ser, Monseñor, su muy humilde y obediente servidor.

Juan Bautista, Obispo de Auxerre  
(1) Autógrafo, archivos históricos del Arzobispo de Rennes expediente Bateau de Girac.

#### **ANEXO 4.3**

##### **Carta de le Beurrier que no quiere contrariar a los obispo de de Rennes y Auxerre**

Señorita:

Usted sabe que yo nunca la exhorté por mí mismo a entrar en religión y que no he hecho más que responder a las preguntas reiteradas que me ha hecho sobre esto de viva voz y por escrito. Siempre he contemplado la asistencia que usted debe a la Señora su madre como un obstáculo al cumplimiento de sus piadosos intentos. Pero cuando usted me comunicó que después de haber hablado con ella había tenido la alegría de verla dispuesta a acompañarla a Colombier, he creído que este cambio ciertamente ni usted ni yo esperábamos, era un efecto de la bondad de Dios que quitaba esta forma el mayor impedimento que se oponía a su proyecto y le confieso que yo lo creo todavía. Pero, puesto que Monseñor el obispo de Rennes quiere encargarse él mismo de examinar su vocación, no es mi decisión a la que usted debe atender sino a la de él. Los obispos tienen una gracia especial para la salvación de las almas. El Espíritu Santo que los ha constituido para gobernar la Iglesia de Dios, inspirará a tan respetable prelado lo que sea más conveniente para la mayor gloria de Dios y para la propia salvación de usted. Expóngale con su sinceridad ordinaria todas las razones en pro y en contra. Escuche su decisión con respeto y sígala con rectitud. Pediré a Dios en el Santo Altar, como lo he hecho muchas veces, que El haga que salga todo según su santa voluntad. Estos son los sentimientos con los cuales tengo el honor de ser con respetuosa devoción, señorita, su muy humilde y obediente servidor, Le Beurrier.

Rouen, 6 de septiembre de 1777

#### **ANEXO 4.4**

##### **Carta del obispo de Auxerre al obispo de Rennes para agradecerle el haber obtenido lo que parecía no factible**

Regentes, 30 de octubre de 1777

No puedo diferir, Monseñor expresarle todo mi agradecimiento por su trato de amigo y de bondad que he experimentado de su parte en una circunstancia muy interesante.

Rindo homenaje con mucho gusto por la sabiduría con la que usted ha llevado a término lo que parecía imposible, a mi madre y a mi hermana a las de la familia por las vías dulces de la persuasión.

Espero bien pronto ir personalmente a Rennes para presentarle mis agradecimiento y la seguridad de mi respetuoso afecto a aquel a quien tengo el honor, Monseñor, de ser su muy humilde y obediente servidor.

Juan Bautista, Obispo de Auxerre.  
Autógrafo, archivos históricos del Arzobispo de Rennes, expediente Bureau de Girac.

#### **ANEXO 5.1**

##### **Carta de Clorivière a Adelaida en los principios de su encuentro (8 de julio de 1787). Estímulo a persistir en su búsqueda con confianza y abandono.**

Dinan, 8 de julio, 1787

Señorita:

Pienso con frecuencia en usted delante del Señor y estoy vivamente afectado por la situación en la que se encuentra; es triste para un corazón tan sensible, pero ofrezca a Dios la penique siente, considérela en los designios de la divina Providencia como medio que le ha preparado desde toda la eternidad para hacerla avanzar en sus vías y para abrazar cada vez más abrasar su corazón en el fuego de su divino amor. Entonces usted se animará a sufrir con valor y una entera resignación. No estará sin dolor, pero este dolor será apacible. El demonio podrá esforzarse mucho para hacer nacer en su espíritu miles de inquietudes, pero usted hará sus esfuerzos inútiles viendo en toso lo que pasa la acción de Dios que castiga a los males y que todo lo hace aprovechable para el bien de sus servidores. Esta mirada la libraré de toda vuelta contra el mal presente y la llevará a abandonarse enteramente a la bondad divina en todo lo que le pueda suceder en el futuro.

No repruebo en todo su conducta en relación con la diputación. Fuertes razones la empujarían a obrar así y su situación sería una excusa suficiente.

Fortalézcase cada día por la recepción de la Santa Comunión y cada día ofrezca al Señor su corazón, tal cual es, es decir, con todas sus debilidades y pidiéndole arrancar todo lo que no sea del todo conforme a su gusto. Esta ofrenda le será agradable, El le concederá lo que usted le pida.

La operación será sin duda dolorosa, pero el divino médico le dará la fuerza de soportarla. Son necesarias muchas pruebas y pruebas bien duras, para llegar a una perfecta muerte de sí mismo.

No le aconsejo salir del lugar donde el Señor la ha conducido y donde El le ha concedido y le concederá aún muchas gracias.

Le acompaño las cartas que desea tener.

Le sería imposible satisfacer las demandas que el Señor de Brossard le hace. Lo recuerdo con afecto. No dude ni un momento de mi sincero y respetuoso afecto. Soy señorita, su muy humilde y obediente servidor en Nuestro Señor.

#### **ANEXO 5.2**

##### **ADELAIDA AGRADECE A CLORIVIÈRE EL SOTÉN QUE LE DISPENSA. Fragmento de una carta de Adelaida de Cicé**

... por escrito para empezar, solamente los artículos que usted juzgue necesarios en este momento. Esperaré para el resto que regrese de Josselin, siendo mucho darle esta pena en este momento.

Permítame, Padre mío, reiterarle todo mi agradecimiento. No olvidaré nunca delante de Dios lo que usted ha tenido la seguridad de hacer por mí. Si mis oraciones llegan a ser mejor con su auxilio, yo le testimoniaré aún más mi agradecimiento, nada sería para igualarlo que mi profundo respeto.

No creo que haya necesidad de encomendarme a sus oraciones. Estoy segura que tengo parte en ellas porque conozco su caridad y nadie mejor que usted, sabe lo necesidad que tengo de socorro. Le pido perdón de todo corazón a Nuestro Señor y a usted por la manera con que hablé anteayer. He sentido mucho que el retiro se haya terminado tan pronto, que usted se haya ido y de haber aprovechado tan mal el tiempo que el buen Dios me daba en su misericordia.

### **ANEXO 5.3**

#### **Carta de Clorivière a Adelaida después de la comunicación del “PROYECTO”**

- Invitación a una mayor libertad interior.
- Aprobación del proyecto de ruptura con su medio para un ensayo de “noviciado” con el consejo de su confesor el P de la Croix. Dinan, 29 de septiembre de 1787.

He leído con atención el relato detallado queme hace de lo que pasa en su interior. La confianza que testimonia, me hace esperar que el Señor no permitirá que diga nada que no ser para su gloria y por el bien de su alma. Esto es lo que le pido insistentemente por la intercesión de su santa Madre.

No apruebo en absoluto no haber pedido a su confesor la comunión cotidiana. Tiene necesidad de ella. Si le es rehusada, acepte esta negativa. Usted habrá hecho lo que de usted depende; el Señor estará contento y sabrá suplir.

En relación con su proyecto, usted espera de mí una decisión y yo me siento movido a dársela hasta haber consultado al Señor y dicho una Santa Misa con esta intención. Podrá irse a la Cruz, pero en el supuesto que su confesor sea de esta opinión. La obra que se propone es por sí misma muy buena y el sacrificio que hará dejando su religión, no será poca cosa y la dispondrá a hacer otras mayores. Si su confesor, es e otra opinión, no insista. Tendrá delante del Señor el mérito de su voluntad. Si él aprueba esta gestión, no busque otro consejo. No hable de su partida más que a las personas que se interesen en la buena obra. Puede ser que no las encuentre tan bien dispuestas como usted lo asegura. Que esto no le inquiete y no le impida obrar. Haga todo esto sin lentitud, pero también sin precipitación. Las obras del Señor deben ser hechas con prudencia.

Llegada a la Cruz, piense bien antes de hacer algo. Es necesario que conozca todos los alrededores. Esto requiere tiempo y consejo, que yo no creería conveniente que usted pidiera más que a la superiora a quien usted se haya abierto. El tiempo es un buen maestro. El nos manifiesta poco a poco los designios del Señor sobre nosotros. Es necesario

contentarse en conocer lo que al Señor le place descubrirnos. Sería una locura querer levantar totalmente el velo cuando El nos quiere levantar sólo una parte. Lo que le digo aquí no es una ley para usted, es una opinión que le doy y es libre de seguirla o no, según que la juzgue más o menos conforme con las inspiraciones del Señor. Agregó solamente que en caso de que se determine a seguirla, le sería inútil intentar del lado de Vannes.

Me encomiendo a sus santas oraciones y quedo con respeto, señorita, su muy humilde y obediente servidor.

De Clorivière.

#### **ANEXO 5.4**

##### **RESPUESTA DE ADELAIDA A LA CARTA DEL 29 DE SEPTIEMBRE (Hacia mediados de Octubre de 1787)**

- Relectura de todo su caminar que aún no responde al llamado que siente.
- Su único deseo, la voluntad de Dios, hacer voto de obediencia.

He recibido Padre, con mucho agradecimiento la carta que ha tenido la bondad de escribirme. Pido a Dios de todo corazón que me conceda la gracia de aprovechar todo lo que usted me dice.

1. Comunión diaria: Había dicho a mi confesor antes de recibir la carta suya, que usted me había aconsejado pedirle el permiso de comulgar todos los días, pero yo tenía sin embargo inquietud, porque aún cuando usted, haya insistido sobre esto desde el principio, pensé que conociéndome algo más podría haber cambiado de opinión y ya no contar con que yo solicitara esta gracia que había propuesto hacia el fin del retiro pedirle de nuevo si era aún su parecer. Me decidí antes de esperar su respuesta, para que mis comuniones no fueran interrumpidas si el buen Dios permitía se me concediera la comunión diaria, como así fue por la gracia de Nuestro Señor. Espero, padre, puesto que a usted debo esta dicha que no hubiera osado pedir sin usted, que se interesa vivamente cerca de Nuestro Señor por obtenerme la gracia de no recibirla nunca sin fruto y porque mi vida responda a una gracia tan grande.
2. “Proyecto de una sociedad piadosa”. alegría por la aprobación. En el momento que usted se sintió llevado a aconsejarme, después de haber consultado con el Señor, he sentido una gran alegría de la esperanza que me da de ver cumplidos los designios de Dios en mí. Encuentro con mucha frecuencia un mundo de dificultades en la ejecución de este proyecto, pero si viene de Dios, siento que no debo temer que algún obstáculo resista a su voluntad. Soy yo misma quien temo más que nadie.

(El P. de la Croix hace ver las dificultades). He hablado a mi confesor de lo que usted me ha señalado sobre mi proyecto. En primer lugar me ha dicho que iré allá para regresar, que era ligereza, que después de haber intentado diferentes cosas como la Colombier, los Incurables, eso estará marcado por el sello de la inconstancia, que Él ha sido sobre todo de opinión que no hubiera abandonado el proyecto que tuve de

asociarme con algunas personas para vivir en sociedad en calidad de pensionistas, en la casa de retiros de Rennes, y ocuparnos juntas de obras de caridad. Le he dicho que no haría nada sin su opinión, que la de usted era que me reportase con él sobre lo que usted me propusiera, que usted me recomendaba, así mismo, de ni insistir si la opinión de él con era conforme a la de usted.

(Dificultades de parte de la comunidad). Le he pedido al él, el permiso de enseñarle las cartas suyas. Algunos días después me dijo que no me prohibía pensar en este proyecto, al cual por otra parte, él le encuentra grandes dificultades, tanto del lado de la casa donde se debe llevar a cabo, como de mi lado. Piensa, en primer lugar, que en una comunidad todas las novedades no son vistas con buenos ojos y que un buen número de religiosas podrían no aprobar esto. A esto respondí que no se trataba de vivir en común totalmente como ellas, sino siempre bajo la dependencia, no se mezclaría nada en casa más que tanto cuanto desee, en calidad de ayuda, en los tiempo que serían tomados de las buenas obras, en las cuales yo misma no querría ocuparme más que por obediencia.

(Dificultades procedentes de mi carácter) de parte mía, y es esto que me sorprende más piensa que es imposible que yo no encuentre muchas trabas en el bien que quisiera hacer. Piensa que no entrarían para nada en mis puntos de vista y que yo no estaría contenta. Creo también que él encuentra ahí dificultades que vienen de mi carácter. Ellas me dan inquietud a su vez. Es sobre todo mi inestabilidad de humor al que yo temo vivir en comunidad, mi extrema sensibilidad y susceptibilidad. Cuando me encuentro en estas enfadosas disposiciones, evito en tanto que puedo la compañía, porque es evitar las ocasiones de enojarme y soy inclinada a permanecer con frecuencia en soledad. Todo esto me viene deque no me sé vencer en nada, pero puedo esperar de reformarme a la edad que tengo, de manera que estos defectos no causen mayor dificultad? Sé que todo es posible al hombre por la gracia de Jesucristo y de este divino Salvador, lo espero todo. Lo que me inquieta todavía más es lo que el P. de la Croix me ha dicho, que el género de vida al que Dios nos destina se acomoda ordinariamente a nuestro carácter, a nuestras inclinaciones. La sola cosa que le haría ver una apariencia de posibilidad de este proyecto, es el parecer de usted. Al final me dijo que debería escribir a usted en relación a este asunto y que usted podría haber reflexionado seriamente sobre el particular.

(“Habla, Señor”) no le había escrito sobre todo porque creía que mi carta no lo encontraría del regreso del viaje que usted proyectaba para los primeros días de octubre al Seminario de Saint Meen, y deseaba también poder enviarle con toda precisión las reflexiones del P. de la Croix. El me harecomendado mucho mantenerme en la disposición de hacer la voluntad de Dios cuando me sea mostrada y decir con frecuencia a Nuestro Señor: “Habla, tu sierva escucha” o con otro profeta, “He aquí Señor, qué quieres de mí, estoy lista para ir donde a Ti te plazca”. Esto lo repito con frecuencia interiormente. El P. de la Croix me ha dicho también que dejaré un bien cierto aquí, por otro incierto. También me ha dicho que Dios quiere algunas veces nuestra adhesión a cosas que no quiere su ejecución. Me ha citado ejemplos de santos del Antiguo y Nuevo Testamento. Me ha exhortado fuertemente a mantenerme siempre en la disposición de obedecer a la voluntad del Señor cualquiera que ella sea. Temo que los defectos que veo en mí de los cuales le he hablado y aquellos que no veo pero que



los otros ven, no sean un obstáculo, como el de la inestabilidad de mi carácter y mi diligencia y actitud para ocuparme en primer lugar de todo lo que me agrada, y mi facilidad para fastidiarme de las cosas que más he anhelado. La experiencia que hice cuando estuve en Colombier me hace temer. Sé bien que esta agrupación es muy diferente puesto que en el fondo se conserva la libertad, aún cuando el sacrificio de ella se haga cada año. Nada de clausura, se conserva el ejercicio de las obras de misericordia de toda clase.

(Retiro en la Cruz) debo decirle también, Padre, que he tenido algunas veces el pensamiento, pero sobre todo en la Cruz, al final del retiro, que Dios no me quería en ese lugar, puesto que me sentía tan apresurada en dejarlo que me parecía que la tierra me quemaba los pies. Es verdad que en el momento en que hice lo que usted me aconsejó durante el curso del retiro de hablar con la superiora, me sentí más tranquila y ciertamente mi partida estaba decidida entonces, pero me pareció que debería permanecer algunos días después de eso, en forma voluntaria. No he podido nunca definir con claridad esta extrema impaciencia que sentí de marcharme ese día, mismo en que el Santísimo Sacramento estuvo expuesto todo el día.

Las razones que vienen a mi mente son también la pena que sentí de no tener la consolación que esperaba después de haber hecho este sacrificio que Nuestro Señor exigía de mí. La inquietud que tenía de no sentir nada de contrición y de que usted parecía también insensible como yo lo estaba, la tormenta que experimentaba sobre todas mis disposiciones y la incertidumbre de mi suerte y la perplejidad de no saber a que me llevaría, creyendo faltar a la gracia de Dios, no sentía la fuerza de hacer aquello que creía la gracia me inspiraba. Creía también que usted se iría el día que terminara el retiro y no estaba muy tranquila de poder comulgar sin irme a confesar.

(Sólo la voluntad de Dios) ahora, todo mi deseo es que se me prescriba la voluntad de Dios y espero que todo mi empeño será seguirla. Usted me ha dado la decisión del P de la Croix como la señal en la que debo reconocerla. Le he obedecido, no he insistido, sin embargo, le he pedido me explique sobre todo esto y él me lo ha aceptado. El encomienda el asunto a Dios y no me ha prohibido ocuparme de él, pero no se pronuncia y creo que no lo hará más que sobre lo que usted me comunique por carta.

3. (Situación en la casa de las Damas Budes) sobre lo que el P. de la Croix me ha dicho que él pensaba que no debería abandonar mi proyecto de asociarme con algunas personas en esta casa, le he objetado que la idea que había tenido había sido en 1ª lugar fundada sobre la situación de la casa sin gente, poniéndose en el caso de admitir pensionistas, cuya poción llegara a ser interesante en una casa de retiros, que parecía que los caminos de la Providencia no son que se reciban, ya que no se ha presentado nadie desde hace años que decidió a recibirlas.

En caso de que se hubiera recibido, es cierto que las pensionistas como las que yo anhelaba, hubieran sido propias para ayudar a las Damas del Retiro, y para suplir lo que ellas no hubieran podido hacer por ser tan pocas. Les han llegado 4 sujetos para reemplazar los otras cuatro que se han ido. Una persona extranjera que no conozco nada, pero que se había dirigido a mí, que pensaba en esta casa y que parecía tener las

mismas miras que yo he fallado. De esta forma, no parece por ahora que el proyecto de la Providencia sea de encaminar pensionistas aquí. Cuando vine, parecía desearse mucho que mi ejemplo fuera seguido. Cuando se ha visto llegar a los sujetos, se ha juzgado renunciar enteramente a la vida de las pensionistas.

(Asociación de las Damas Budes no corresponde al “Proyecto”) en cuanto a mí, la idea de mi proyecto me hacía lamentar que no marchara con las personas que yo anhelaba. Porque no desearía indistintamente toda clase de pensionistas, al contrario, hay en ello algo que temía. Por otra parte, he dicho al P. de la Croix que lo que desearía practicar en relación con la obediencia y a la pobreza en cuanto a lo personal (ya que no quiero renunciar a nada de hecho para socorrer a los pobres), pero, querría por consiguiente ser despojada de todo para mí, como si hubiera renunciado a todas las cosas solamente; no era practicable en esta casa que no es más que una asociación y donde no sería realmente posible, como usted lo sintió desde el principio, que las pensionistas practicasen entre ellas lo que las religiosas mismas no practicaban; sea que ellas tomen la resolución de someterse enteramente a la superiora de la casa, sea que ellas tuviesen una superiora entre ellas, lo cual suponía dos Sociedades en una y dos jefes, sobre todo lo 1º que no se puede conceder como usted lo ha reflexionado, lo que me hizo desesperar del todo de mi proyecto que presenté a usted en San Carlos bajo este punto de vista y al cual usted no le auguró ningún éxito.

4. (Preparaciones. Voto de obediencia) antes e ir a la Cruz, había pensado en encontrar una casa donde se estuviera en dependencia, y pedía con frecuencia al buen Dios me hiciera conocer algunas personas que fuera apropiada para se la cabeza de esta buena obra, si ello fuera para su gloria. Yo le confesaría, Padre que casi tan pronto como le conocí, he esperado que Nuestro Señor me conceda esta gracia y cuanto más avanzo más deseo ponerme absolutamente en sus manos, para hacer lo que agrada más al Señor. Si El inspirara a usted permitirme hacer voto de obedecerlo, me parece que todas mis dificultades se desvanecerían, pondría toda mi fuerza en la obediencia que ofrendaría a mi Señor Jesús en las manos de su persona. El no haberme respondido en relación con esto en la Cruz, me ha impedido volverle hablar de ello en mi última carta y temía así mismo de haberme ilusionado de mí misma, pero pienso en ello cada vez más y espero que lejos de que esto sea contra la voluntad de Dios, sería, puede ser, para mí, el solo medio de seguirle entera y constantemente, porque temo mi inconstancia. Pero sobre este punto, en primer lugar como en los otros, me someto a todo lo que usted juzgue sea para la mayor gloria de Dios.

(Pequeña hermana de los pobres) he recordado también al Padre de la Croix una cosa que me ha hecho pensar que el buen Dios no quiere que el proyecto se ejecute aquí. El deseo de satisfacer este cuidado, lo que pensaba no podría entrar en los designios de Dios sobre mí, me comprometió a pedirle permiso de rentar algunos cuartos cerca de la casa de Retiros. Mi intención era llevar ahí algunas pobres mujeres enfermas de las más abandonadas que se encontraban sin recursos como son las del campo, o aquellas que teniendo enfermedades crónicas no puedan ser recibidas en los hospitales y son pos consiguiente las más infortunadas. Pensaba tener 5 camas en honor a las Cinco llagas de Nuestro Señor. Le digo al P. de la Croix quien me prometió, arreglar esto, que esperaba que cuando tuviera pobres, el buen Dios me enviaría a

alguien para ayudarme a cuidarlos, lo que podría dar comienzo a mi proyecto. Cualquier deseo que tengo y cualquier búsqueda que haya hecho no podrá tener éxito por falta de un alojamiento cómodo.

(Preparativos discretos) antes de recibir su carta, no me vanagloriaba de ver tan pronto cumplido mi proyecto, había siempre tenido en mente aprovecha el pretexto de las aguas para ir primero a Dinan y de ahí a la Cruz, a fin de no dar a conocer a nadie mi proyecto. Lo que usted dice de no obrar con lentitud en todo en lo que habría de hacer si mi viaje se lleva a cabo, me hace pensar que sería, quizá, más agradable a Dios, llegar primero a la Cruz y que sería quizá exceder la prudencia humana tomar un pretexto para no dar a conocer nada, ya que a partir de esta estación sería decirlo públicamente, y entonces yo no podría dejar de escribir a mis pariente antes de hacerlo y ellos no dejarían de oponerse a ello, esto podría hacer como pienso, sin la menor sospecha; sería menos sorprendente verme ir a la Cruz en el año próximo que este año.

De aquí entonces podría aprovechar este intervalo para disponer todas las cosas sin que se desconfía de ello, para que yo pueda permanecer ahí sin estar obligada a regresar, si la Providencia me destina a permanecer del todo allá. En la Cruz podría permanecer el tiempo que usted juzgue conveniente, sin que otras personas más que la superiora estuvieran enteradas de mi proyecto.

(Tendré la más grande necesidad de su opinión) no dejo de arreglar aquí varias cosas para diferentes personas con las que me he relacionado. Trataré de arreglar esto de manera que las cosas no puedan ser terminadas por mí, lo sería, por personas conocidas mías. Había pensado antes de recibir su carta que aprovecharía el pretexto de las aguas si usted pensara que debo reflexionar entre mi proyecto, y pensaba ir primero a Dinan en tanto que tenga y que tendré mayor necesidad de su parecer antes emprender algo. No quiero, no puedo decidirme a nada más de lo que usted me diga. El movimiento interior que experimento y la razón se acoplan perfectamente en este punto. No parece que el Señor que permite la empresa, no podría dejar de querer también los medios que la deben llevar al éxito. Le confieso, así mismo, Padre que no sentiría ningún valor sin este apoyo que me sería dado por Nuestro Señor mismo.

## **ANEXO 5.5**

### **Clorivière confirma la acogida amable de la superiora de la cruz que acepta acompañar a Adelaida cuando las circunstancias se lo permitan**

A la Señorita de Cicé en la casa de las Damas del Retiro en Rennes. Dinan, 26 de noviembre, 1787.

Señorita:

Le pido mil perdones de haberme tardado tanto para responderle. No estaba en condición de hacerlo hasta que recibí su carta, después he hecho varios viajes que me la han hecho perder de vista; de manera que creyendo haberla respondido y temiendo que ella vaya a caer en otras manos, la he quemado. Recuerdo, todavía, sin embargo, la materia. Me

mantengo en la respuesta que le había dado a su primera carta, de someter todo al juicio de su confesor.

Encuentro todo bueno en el proyecto que usted ha hecho de ir a la Cruz. Si las reglas de la prudencia se lo permiten y que no sea impedida por las circunstancias de las cuales no puedo tener un pleno conocimiento, podrá ir a esta casa en calidad de ensayo, por algunos meses. Este tiempo le aclarará si este sitio conviene o no a los proyectos del Señor para usted. La superiora a quien he visto hace 3 días, está siempre bien dispuesta. Y para el ensayo del cual le hablo, usted no puede hacer algo mejor que aprovecharse del tiempo de su gobierno.

Le aconsejo siempre la Comunión como le he prescrito; convenga conducirse a la Cruz en principio. Aún cuando de ningún modo no apruebo la resolución de la que me habla en su carta, no crea que estoy menos dispuesta a prestarle todos los servicios, a darle todas las opiniones que creería le son útiles. Su alma me es muy querida porque la creo muy querida de Nuestro Señor. Y si place a Nuestro Divino Maestro de servirse de mí para ayudarla a cumplir los designios de misericordia que tiene sobre usted, esté persuadida que me esforzaré en responder a todo lo que Él me pueda pedir en relación con esto.

Le reitero las seguridades que ya le he dado de mi respetuoso afecto. Y me encomiendo de nuevo a sus oraciones.

## **ANEXO 5.6**

### **Adelaida atraviesa “una noche”, pero permanece firme en su deseo de partir**

Enero de 1788

Copia de mi última carta al Señor de Clorivière

He recibido oportunamente, padre, la carta que me hizo el favor de escribirme en la cual me indica que se sostiene en la respuesta que había dado a su primera carta de someter todo al juicio de mi confesor. Le he hecho saber a él lo que usted me comunicó y conciente en que yo haga el ensayo del que usted me habla y de que aproveche para ello la estación de las aguas, que todo lo que él me puede permitir es que este ensayo sea en calidad de pensionista, pues no piensa que mi proyecto pueda ser llevado a cabo. El parece temer que yo tome algún compromiso ante la comunidad, y pensando que las personas puedan cambiar, podría arrepentirme.

Creo, Padre, como ya se lo había señalado, que él teme por mi carácter, tengo efectivamente buen motivo para temerlo también, porque experimento todos los días, desgraciadamente, que no sé qué es vencerle, que estoy de tal manera amasada de orgullo, que el más ligero motivo me da enojo y sin dejarme llevar exteriormente (lo que me sucede, sin embargo, alguna veces), lo que evito con frecuencia, más por respeto humano, que por el temor de desagradar a Dios y esto lo reconozco por la disposición interior de enojo que conservo durante varios días algunas veces, ciertamente lo combato pero no de manera de triunfar y soy esclava no solamente de los primeros movimientos sino también de aquello

que he previsto, de los que he tomado delante de Dios la resolución de no seguir. Lo que más me sorprende y me espanta, es encontrarme una debilidad extrema frente a las ocasiones que me causan impaciencia, después de haber perdido, con la mayor instancia, la asistencia de Nuestro Señor y en el momento mismo que le acabo de prometer sacrificarle todo a la fidelidad que le debo.

Es cierto que no pertenezco mucho tiempo sin arrepentirme de estas faltas, pero lo que me inquieta aún, es que me siento algunas veces en una disposición tal, que me parece que en algunas resoluciones que tomo sigo mi talante y esto me sucede casi siempre.

Estas faltas de impaciencia, de inestabilidad de humor y de acritud contra el prójimo, tienen muy frecuentemente causas muy ligeras y que yo misma encuentro injustas en la mayoría de las veces o al menos es solamente un exceso de delicadeza de mi amor propio el que las puede justificar.

Sé bien, que todo este mal no viene más que de mi orgullo y estoy asustada se sentirlo tan vivo como nunca en las más ligeras ocasiones. Le confieso también Padre, que estoy desanimada algunas veces y dudo de no ser nunca apta para realizar los designios de Dios en una forma de vida más perfecta, ya que soy tan impaciente y tan inestable, en una vida libre donde sigo mi voluntad en los ejercicios que yo misma me prescribí. ¿Cómo le haré cuando siga un tren de vida en donde esté más sujeta? Sé bien por la gracia de Dios, que el remedio a este mal sería practicar la humildad en ocasiones, sin dejarlas escapar por cobardías como lo hago en toda circunstancia. Pero desgraciadamente, los sentimientos que el Señor me inspiró de terminar mi retiro en la Cruz, se han debilitado mucho, mis resoluciones no son tan vivas, y toda mi conducta se resiente de esta tibieza. Sin embargo, Padre, lo que más me debe avergonzar es que no dejo de recibir al Señor todos los días. Estoy con frecuencia inquieta de esta multitud de gracias que recibo y del poco fruto que saco de ellas. Se lo manifiesta algunas veces al P. de la Croix quien sin embargo no me ha restringido de las comuniones.

Le suplico como favor, Padre, pedirle a Nuestro Señor cambie mi corazón y convertirme perfectamente a El, porque siento cómo estos sentimientos de altivez, estas impacencias, estas inestabilidades de humor, que tienen al orgullo por principio, están lejos de los sentimientos del Divino Salvador, a quien digo con tanta frecuencia cuando me es posible “Jesús, manso y humilde de corazón, dignate hacer mi corazón semejante al tuyo”. Pero sé que El ha dicho, que no es suficiente decir “Señor, Señor”.

Estoy muy agradecida con la bondad con la que usted me asegura que me presentará los servicios y me dará las opiniones de las que tenga necesidad. La confianza que usted me ha inspirado me hace este ofrecimiento muy necesario. Le diré, Padre, que hay momentos en los cuales dudo que mi proyecto no sea más que una ilusión del demonio que bajo el pretexto de un mayor bien, quiere desviarme del camino de Dios sobre mí. Creo que lo que contribuye hacerme pensar esto, es lo que el P. de la Croix habándome de pequeños sacrificios que yo creía que el buen Dios me pedía, me dijo suplicara a Nuestro Señor me haga conocer claramente su voluntad, y que debía tener cuidado de no equivocarme y de imaginar que El pide cosas podría tener en mente mi proyecto.

Mi intención es siempre ir a Dinan, si puedo después del mes de junio, ya que en la soledad en que vivo, que es una gracia de Dios más grande que nunca, no hay ninguna posibilidad que se presente otro pretexto para este viaje que el de mi salud. Pero que usted me hará el favor de decirme lo que piensa del proyecto que tenía de alojarme en el hospital en lugar de en San Carlos, porque he visto que la clausura era algo molesta. Creo que esto sea muy difícil de obtener porque conozco un poco a las Damas de Santo Tomás de Dinan y a muchas de ellas de Rennes. Y si usted aprueba que me hospede en esta casa durante el tiempo que esté en Dinan, yo sabría oportunamente por las Damas de Santo Tomás de aquí, si esto fuera posible, pero no tomaré ningún partido antes de que usted no haya tenido la caridad de comunicarme lo que debo hacer.

ANEXO 5.7

ANTE LA “AGITACIÓN DE ESPÍRITUS” QUE VIVE ADELAIDA, CLORIVIÈR LE DA LOS CRITERIOS PARA QUE ELLA MISMA HAGA SU DISCERNIMIENTO.

Dinan, 4 de febrero de 1788

Señorita

Veo con placer que usted persevera siempre en los mismos sentimientos de piedad, y lo agradezco al Señor.

Los defectos que usted percibe, no me parece como a usted algo así tan espantoso. Es una ocasión continua de combates y humillaciones. Si Dios permite que usted no reprima del toso estos defectos, que se deje ir algunas veces y aún con frecuencia, es que estas faltas ligeras la preservan de faltas mayores; es, como dice el autor de la Imitación, que sirven para inspirarle una justa desconfianza de usted misma y que por consiguiente estimulan sin cesar su vigilancia. Veo que ellas producen en usted eficaz efecto. Trabájese por liberarse; detéstelas en tanto que ellas desagradan al Señor; humíllese porque son manchas que hacen su alma menos bella a los ojos del esposo divino; pero sopórtelas y sopórtese a usted misma. Ore, pero sin turbación, ore, vele, por no caer. Pero cuando llegue a caer, en lugar de detenerse ni siquiera un instante en reflexiones no menos inútiles que abrumadoras, piense que Dios le tiene la mano para levantarle; cójase con agradecimiento de su mano paternal, bendígalo de que El no permita que caiga en faltas más grave y no piense más que en repararlas, caminando de inmediato con mayor alegría en el sendero de la perfección.

De las faltas que usted me habla, no son por naturaleza para obligarla a dejar sus comuniones; le muestran por el contrario la necesidad que tiene de este divino alimento para sostenerla y para avanzar sin cesar en el camino penoso y sublime por donde el Señor la conduce. No se desanime por las dificultades. ¿qué puede temer con tal guía? Su brazo poderoso la sostiene, aún cuando usted no lo perciba.

En relación al proyecto que tiene, o más bien que usted apenas entrevé de una manera confusa, he aquí lo que me viene del espíritu decirle, a fin de ayudarla a conocer la voluntad de Dios.

Para alcanzar la perfección, es necesario, en cuanto de nosotros depende, caminar por las rutas trilladas por los santos, sin querer dejarnos seducir por nuevas. Porque cuando

estamos en el estado donde Dios nos ha colocado y podemos creer que así es, cuando este estado es santo, cuando personas piadosas sirven ahí fielmente a Dios y hacen progresos en la virtud, cuando un encadenamiento de circunstancias ordenadas por la Providencia, nos han conducido ahí como necesariamente; cuando digo, que estamos en un tal estado, no es necesario buscar salir de él, no es necesario admitir fácilmente deseos que nos llevarían a hacerlo, es necesario más que todo, no admitirlos. Se puede, en efecto temer con razón, que provienen de la inestabilidad natural del espíritu que se complace en los cambio; o también de un amor propio sutil que se cansa de caminar en seguimiento de los otros. Estas, son según creo, las razones que tiene el P. de la Croix y que merecen que usted haga sobre ellas serias reflexiones.

Los deseos que vienen de Dios son acompañados de paz y de tranquilidad, reaniman nuestro ardor, nos hacen trabajar con más cuidado en nuestra perfección. Cuando llevan algo fuera del orden común tiene así mismo, algo de más presionante, de más imperioso; pero no tienen nada de impaciencia, porque se descansa, para su cumplimiento, en Dios, que nos hace entonces conocer su voluntad de una manera más clara y más positiva. Cuando el objeto de nuestros deseos no tiene nada de extraordinario para las almas que buscan la perfección, como sería por ejemplo la elección del estado religioso, las mociones buenas, una intención pura, bastan para asegurarnos y comprometernos a actuar. Pero en uno y en otro caso, Dios allana de ordinario los caminos y hace que varias cosas concurren para indicarnos lo que debemos hacer; la opinión de un confesor, es sin duda, una de las principales.

Reconozcan en estos signos cuál es la naturaleza de sus deseos; y si tienen alguna apariencia de santidad, si son santos por sí mismos, le conviene seguirlos. No se determine ni actúe, sino después de haber reconocido que vienen de Dios.

El consentimiento de su confesor no me parece total, es lo que me hace hablarle de esta manera. Si pensamos diferente soy yo quien me equivoco y no él. Es a él a quien es necesario escuchar y no a mí. Después de todo usted no ve nada claro su proyecto, no sabe lo que Dios quiere de usted. ¿Cómo, por consiguiente, podrá obrar prudentemente? Sé que Dios no nos hace conocer siempre todo lo que espera de nosotros. Pero cuando El quiere que actuemos, hay siempre algo que El nos hace conocer, conforme a su Voluntad; y yo no veo aquí nada que sea claramente marcado con el sello de su Voluntad.

En todo esto nada debe turbarla; considere solamente si usted tiene estas señales de la divina Voluntad que yo creía ver en usted. En el fondo usted se ha podido equivocar; yo mismo he podido equivocarme, sin que Dios haya sido ofendido en ello.

Después de todo, el término del que habla está todavía lejos, y sin que se ocupe demasiado en el proyecto, lo que es necesario evitar, puede pensar en él tranquilamente, de cuando en cuando. Por mi parte, pensaré en ello delante de Dios. Me uno a sus santas oraciones, señorita, su muy humilde y obediente servidor. – de Clorivière-

CARTA DE ADELAIDA AL P. DE LA CROIX: EN MEDIO DE SU NOCHE  
ADELAIDA RECONOCE LAS SEÑALES DEL DESIGNIO DE SDIOS SOBRE ELLA

En el retiro, 11 de febrero de 1788.

Permítame, Padre, antes de escribir al Señor de Clorivière, entretenerlo algunos momentos en relación con el cuestionable asunto. Temo, aún cuando en el fondo no tenga la intención de engañarlo y de engañarme a mí misma sobre mis disposiciones. Me parece que en el fondo, hay entusiasmo en lo que yo pienso, gusto por lo extraordinario, a lo que tiende un poco mi carácter. Me parece también, que he estado tan ocupada de lo que quería decir en relación a esto, que apenas le di tiempo de hablarme. Le pido mil perdones y le ruego permitirme recordarle las cosas sobre las cuales creo haberme explicado mal al principio.

He escrito al Señor de Clorivière un poco antes de cuaresma con la intención de saber dónde aprobaba me alojase en Dinan durante el tiempo de las aguas, en espera de ir a la Cruz, para el ensayo que usted me permitiera. Me viene la idea de hacer ver a usted lo que le indicaba al él, a fin de que usted juzgue mejor los sentimientos que me afectan y la respuesta de él que usted ha visto. Le acompaño también dos cartas de la superiora de la Cruz que no había usted visto y a las que no he respondido, como le he dicho, más que cosos generales sobre mi proyecto.

Cuando haya visto todo esto, si usted tuviera la bondad de escribirme unas letras en las cuales me señalaría precisamente lo que debo comunicar por carta sobre este asunto el Señor de Clorivière, aún cuando creo recordar bien lo que me dijo en relación con esto. Estaré más tranquila si usted tiene a bien señalármelo a fin de que yo sea totalmente fiel al transcribirlo. Le pido a Dios que aleje al mismo tiempo hacerlo conocer a usted y al señor de Clorivière, si es conforme a los designios que El tiene sobre mí. Siento que no hay nada más seguro que esto y tengo mil razones, más que nadie, para desconfiar de todo lo que venga de mí.

Tengo el honor de ser con estos sentimientos, su más humilde y obediente servidora.

Le confieso, Padre, que tengo la inquietud de haber insistido con usted esta mañana. Si lo he hecho ha sido contra mi intención y le pido el favor de decirme francamente si debo abandonar totalmente mi proyecto. Espero por la gracia de Dios, que renunciaré a él del todo cuando usted ha ya experimentado el asunto delante de Dios. Si llega a la conclusión de que el ensayo no esté dentro de la voluntad de Dios sobre mí, no lo haré y, espero que pida al buen Dios por mí, para obtener la gracia de no pensar más en ello, me será muy necesaria, sin ella estaría siempre turbada por esta idea. Pero lo confianza que tengo en usted y que el Buen Dios me ha concedido hacia usted, después que me ha hecho la gracia de dirigirme hacia usted, me hace esperar que reconoceré en las ideas que usted crea deber hacerme renunciar, pues espero en la misericordia del Buen Dios, que El le hará conocer lo que pide de mí. No estoy dominada por la inquietud de que lo he engañado engañándome a mí misma, pues puedo responderme por la gracia de Dios, que no he deseado nada tanto, como que usted vea claramente mis disposiciones en esto y en todo lo



demás, y los motivos que creo me conducen y sobre los que temo, sin embargo, hacerme ilusiones puesto que desconfío totalmente del amor propio que encuentro en todo.

Estoy sobre todo inquieta de lo que le he dicho en relación con las señales de las que habla el Señor de Clorivière para reconocer si mis deseos vienen de Dios. He dicho que me parecía tener algunas de ellas. Pero reflexiono, cuán fácilmente me puedo engañar sobre ello, por mi amor propio. Es a usted solamente a quien corresponde juzgar y no a mí, y yo remito del todo a lo que usted decida para continuar o abandonar.

Me encomiendo mucho a sus oraciones, usted sabe toda la necesidad que tengo de ellas y que cuento mucho con este socorro.

#### ANEXO 5.9

#### CARTA DE ADELAIDA A CLORIVIÈRE, ACOMPAÑANDO LA CARTA DIRIGIDA AL PADRE DE LA CROIX; AQUÍ RETOMA SU EXPERIENCIA DE DISCERNIMIENTO.

Mediados de febrero de 1788

Recibí la carta que tuvo la bondad de escribirme; no sabré agradecersele suficientemente.

Tengo por la gracia de Dios, el mayor deseo de aprovechar los consejos que me da para no dejarme abatir del todo y desanimar por mis faltas. Siento que el medio que me aconseja tomar para levantarme, tiene fuerza y dulzura a la vez, y veo bien que si yo hiciera uso de él tan pronto como advierto que caigo, mis faltas no me harían tanto mal y creo vivamente que sabría ocuparme suficientemente en los sentimientos de confianza que usted me aconseja en estas ocasiones en las que el desaliento toma la delantera, donde mi amor propio no me ve. En relación al proyecto, que yo no hago más que entre ver como usted dice en su carta sobre este asunto.

He sentido una pena muy grande fundad en que, dada la incertidumbre en que me encuentro sobre la voluntad de Dios, no me sentiría segura más que en lo que usted piense, porque sé cuánto debo desconfiar de todo lo que viene de mí, pero quizá no lo sé aún suficientemente... la disposición en que me encuentro me ha hecho también buscar en el fondo, seguir la voluntad propia más que la de Dios, porque yo permanecería en paz si yo buscara para y simplemente el cumplimiento de esta divina voluntad; he estado por eso enfadada y contra mí, de no encontrarme en ello suficientemente conforme y anhelar demasiado vivamente que la voluntad de Dios se encontrase en la ejecución del proyecto del cual le ha hablado.

Le he dicho al padre de la Croix todos los sentimientos que me afectan interiormente. Le he dicho que temía, aún cuando en el fondo no tuviera intención, engañarlo y engañarme a mí misma sobre mis disposiciones, que me parece que hay entusiasmo en lo que pienso sobre mi proyecto y del gusto por lo extraordinario que tienta un poco a mi carácter. Lo que puede venir, como usted dice, padre, de un amor propio sutil que se enfada de caminar tras los otros.

Sin embargo, por la gracia de Dios, después del primer momento en el que su carta me hizo mucha impresión, haciéndome temer ser engañada en mis proyectos en relación con la vida que creo Dios me pide, he tratado de poner todas mis inquietudes entre sus manos y pedirle alejar de mí semejante deseo, si es contrario a su voluntad; si es conforme a los designios que El tiene sobre mí. Siento que no hay nada más seguro y tengo mil razones, más que nadie, para desconfiar de todo lo que venga de mí.

Le he dicho al padre que le rogaba francamente si debo abandonar totalmente mi proyecto, que esperaba de la gracia de Dios que renunciaría a él inmediatamente que él hubiera examinado el asunto delante de Dios y, que si él llega a pensar que el ensayo mismo no esté dentro de la voluntad de Dios para mí, no lo haré. Le he suplicado al mismo tiempo, pedir a Dios para mí, la gracia de no pensar más en ello; me sería muy necesaria en ese caso, sin cuya gracia estaría siempre turbada por esta idea.

La respuesta del Padre es que él nunca se ha opuesto al proyecto, para el que prevé una difícil ejecución, pero me ha dicho que está de acuerdo en el ensayo y que espera que Dios manifestaría su voluntad por este medio; que en la espera sería necesario pedirle la haga conocer; al final me ha pedido informarle sobre lo que usted juzgue a propósito del lugar donde debo alojarme en Dinan; me ha parecido satisfecho en lo que había propuesto del hospital y que le había dicho a usted porque ha encontrado la clausura un poco molesta; me resulta muy cómoda para evitar ver personas del mundo, pero no me sería fácil para las devociones y para ver a los pobres.

El Padre está muy contento de ver que todo mi asunto está en sus manos.

En cuanto a las señales que usted me dice, en las que debo reconocer cuál es la naturaleza de mis deseos, creo poder decirle no haber experimentado nunca más tranquilidad y satisfacción que cuando recibí su primera carta, donde he visto por primera vez un indicio para la ejecución de lo que creo poder llamar los designios de Dios sobre mí, sin estar, por otro lado, exenta de lo dicho, del temor de engañarme. La disposición en que estoy de hacer lo que se me diga, me tranquiliza; me parece también, que no puedo ocultar que nada ha contribuido tanto a reanimarme en la virtud como la esperanza de ser llamada a vivir una vida más perfecta, en la cual podría amar y servir a Nuestro Señor, en otra forma totalmente y contribuir a hacerlo servir y amar. Siento también que estos proyectos me han dado mucho más valor, aún cuando no sea muy grande, y que sólo sea en comparación con mi cobardía pasada. Creo sin embargo, no poder ocultar que este valor ha aumentado notablemente desde mi retiro en la Cruz; aún cuando los sentimientos que experimento después de este tiempo de soledad no han sido sostenidos como lo desearía, siento sin embargo, que nunca he tenido más esperanza y deseo de servir a Dios, que después de que usted me ha hecho entrever la posibilidad de mi proyecto.

## **ANEXO 5.10**

### **CARTA DE CLORIVIÈRE A ADELAIDA ANÁLISIS DETALLADO DEL “PROYECTO” QUE PERMITE RECONOCER LO ESENCIAL DEL CARISMA DE LA FUTURA FUNDACIÓN**

A la señorita de Cicé, en la casa del Retiro en Rennes.  
Dinan, 27 de marzo de 1788.

Señorita, la paz de Nuestro Señor.

Busco hacerme una idea clara de sus planes y voy a explicar a usted cómo los concibo; usted me dirá si los he captado bien; hasta después de esto será que pueda decirle algo positivo sobre esta materia.

Usted quiere darse a las obras de caridad siguiendo el atractivo que el Señor le da por esta clase de actividades y, juntamente gozar de las ventajas de la vida religiosa y común. Parecería que una vida como la de las Hijas de Santo Tomas satisfaría este doble atractivo. Pero no. El objeto de su caridad, no son precisamente los pobres que están en los hospitales, porque ellos parecen suficientemente asistido; son los pobres abandonados en sus casas y que, con frecuencia están en la mayor miseria y, con el fin de estar en condiciones de ayudarlo usted cree deber guardar la propiedad de sus bienes. De no considerar más que éste último objetivo, sería un medio de satisfacerlo plenamente asociarse a la congregación de las Damas de la Caridad y hacer más asiduamente por usted misma, lo que les es prescrito. Pero usted quiere por otra parte, unir a estas obras de caridad el mérito propio de la Religión, la práctica de los votos de pobreza, castidad y obediencia, en tanto que esta práctica fuera compatible con el ejercicio de esas buenas obras que acabo de mencionar.

Es necesario, según me parece, que usted esté en una comunidad que en esta comunidad pueda salir libremente; que la superiora de la comunidad le permita seguir el reglamento de la misma; que de sumarte esté obligada a observar, al cuidado de esta superiora, los deberes de una religiosa, por lo menos en ciertos puntos esenciales y estos puntos deberían ser especificados antes de comprometerse a nada. Como no hay nada como la práctica para aclararnos sobre lo que conviene o no, es por ello que usted quiere hacer un ensayo que sería como una especie de tiempo de probación o noviciado.

Pero, ¿dónde conviene hacer este ensayo? He creído que en la casa de la Cruz fuera conveniente. Pareciera en efecto, que se prestara bastante a sus propósitos. Es una santa casa, la superiora actual es una persona interior. Pero, atención 1. la actual superiora está en su segundo trienio; 2. Usted estará muy sola. No tendrá ya al Padre de la Croix y yo no estaré tampoco.

Vea por consiguiente, si hubiera cualquier otro sitio que tuviera las ventajas de Cruz, sin los inconvenientes. Si no hay, entonces usted puede comenzar su ensayo en la Cruz; y para practicar cuanto antes la vivencia de la pobreza, podría asociarse a las Damas de la Caridad, si no se le ocurre algo mejor.

He aquí lo que concibo de su proyecto: confróntelo con el padre de la Croix, o comuníqueme si me he alejado de su idea. Como lo concibo, usted puede ejecutarlo sin que aparezca al exterior casi ningún cambio en usted, pues no será necesario que sus compromisos sean conocidos de cualquier persona, sino de aquellos que tendrán cuidado de su alma y de la superiora de quien dependerá. Pero tampoco creo que sea natural permitir

que usted se asocie con alguien en el mismo género de vida y que pudiera proponerse otro fin que su perfección particular, a menos que Dios cuando usted haga este ensayo, ampliase sus proyectos, lo cual podría suceder. No desee en todo más que su beneplácito y no pida más que esto y lo verá cumplirse en usted, quizá ahora de una manera muy alejada de sus pensamientos.

Le escribo desde San Maló; pero antes de cerrar la carta, he querido sondear de nuevo los sentimientos de la superiora de la Cruz. Son siempre los mismos y ella ha encontrado que lo que digo aquí es perfectamente conforme a lo que usted me ha confiado sobre su proyecto.

Por lo que respecta al lugar de su alojamiento durante su estancia en Dinan, no creo que haya cuartos disponibles en el hospital; pero aun cuando hubiera, creo que estaría más tranquila en la casa de las Hijas de la Sabiduría que están en San Carlos.

Soy, con los más respetuosos sentimientos, en unión de sus santas oraciones, señorita, su muy humilde y obediente servidor.

#### **ANEXO 5.11**

#### **ADELAIDA RESPONDE A CLORIVIÈRE PRECISANDO QUE EL ENSAYO PREVISTO EN LA CRUZ NO ES SOLAMENTE PARA “SU PERFECCIÓN PARTICULAR”, SINO TAMBIÉN EN VISTA DE FUNDAR UNA SOCIEDAD**

Principios de abril de 1788

Recibí, padre, la carta que me escribí lo que usted me señala es precisamente lo que me vino a la mente en la Cruz, después que me hubo respondido en San Carlos que el proyecto que tenía era impracticable desde el punto de vista en que se lo presentaba. Usted me dice también, no pensar allí nada. Durante el retiro usted creyó que mis intenciones podrían manifestarse del lado de la Religión; hablamos de la Cruz. Le dije entonces las razones que tenía para no tomar pura y simplemente el compromiso de la Religión. Cuando reflexionaba sobre lo que usted me había dicho, el proyecto de asociarme a las Hijas de la Cruz me vino el espíritu, conservando mi libertad y tomando de sus ejercicios las obras de caridad, a las que el Padre de la Croix me ha dicho que creía cada vez más, estaba llamada. Lo que usted me ha comunicado me ha confirmado en el intento de hacérsete ensayo.

Pero le confieso, padre, que lo que más he sentido es, que al hacer este ensayo en la Cruz, no encontraría allí a nadie en quien tener confianza, y no estoy dispuesta a ponerla más que en usted; he tratado de presentar a la Divina Providencia esta dificultad que con frecuencia me da inquietud. No tendré pena, me parece, si la casa de la Cruz estuviera en Dinan; y si se pudiera encontrar en alguna casa las mismas ventajas, no dudaría, si usted estuviera de acuerdo, en preferirla. He pensado también, como me lo dice, que estaré muy sola en la Cruz, que un cambio de superiora ocasionaría una nueva dificultad. La multitud de pensionistas es también algo que no me agrada.

Pero la mayor dificultad es no encontrarlo a usted en este; me abandonaría en ello a la Providencia, esperando hablarle de todo esto cuando esté en Dinan. Puesto que piense

que será mejor que me aloje con las Hermanas de la Sabiduría, así lo haré, y si pudiera encontrar en esta casa las mismas ventajas que en la Cruz, no buscaría otra.

He hablado con el padre de la Croix, quien me ha dicho que está de acuerdo con el ensayo, pero que se remite absolutamente a usted sobre el lugar donde debe hacerse y sobre la manera de realizarlo. Así pues, padre, le ruego examinar la cosa ante Dios. Esperarlo, con la gracia de Dios, seguir exactamente la conducta que usted me prescriba. Le suplico pedir para mí la gracia de no alejarse jamás. Mi primer plan era asociarme con algunas personas que pensarán como yo, para practicar de común acuerdo, las obras de caridad espirituales y corporales y animarnos recíprocamente en la práctica del servicio de Dios y del prójimo, por el amor de Dios nuestro Señor.

Mi deseo esta también que fuéramos particularmente devotas de Nuestra Señora y santa Madre de una manera especial, que todos nuestros ejercicios de piedad y nuestras obras de caridad fueran hechas, más particularmente, en el nombre de Jesús.

Pensaba en la libertad que tengamos de no darnos a una obra particular, sino a todas las que la Providencia nos encomiende sin proponerse nada en particular, más que el bien espiritual y temporal del prójimo.

#### **ANEXO 5.12**

#### **ADELAIDA CONTINUA LUCHANDO CONTRA LA ANGUSTIA LIGADA A LA RUPTURA CONTEMPLADA, ESTANDO DEL TODO RESUELTA A RESPONDER AL SEÑOR**

Fines de julio de 1788, muy probablemente.

Le pido perdón de importunarle todavía, ocupado como está en este momento, pero le suplico, padre, tenga la bondad de decirme una palabra.

Una pensionista de San Carlos, cuyo nombre no sé, me ha detenido esta mañana al salir de la Iglesia. Fui cauta en pedir noticias de personas que vi allí el año pasado, en particular de Madame de Irecover. En relación a esto, me ha hablado de estado miserable en que se encuentra y de diversas necesidades de ella que han parecido urgentes. Como en ese momento traía poco para ofrecerle, le he prometido que haría lo que pudiera. Cuando llegué aquí me escribió la Señorita de la Bellodere que estaba bien complicada, que era necesario pagar por adelantado su pensión en San Carlos, que no tenía más que 3 libras, que estaba muy agobiada. Me ha suplicado prestarle dos luises. Le he respondido que estaría encantada de poder hacerlo, que vería si me era posible. Estuve confundida, pues tengo pena de negarme y no sé si debo prestarle, ya que sospecho que podría bien perderlo. He traído 30 luises, pero aún no he pagado nada aquí de lo que debo, le agradeceré mucho, padre, decirme lo que usted piensa. Había tenido la idea de hablar de esto con la superiora de San Carlos, para suplicarle si es posible, tomar a la pensionista sin pagar por adelantado, y proveerla de lo necesario.

Después de mi confesión, la turbación se apoderó de aún más de mí; creí que tenía como principio más disipación exterior, menos recogimiento interior, lo que me hizo sentir

la necesidad extrema de que este recogimiento sea más continuo, es el único que puede darme la paz.

Estoy más asustada que nunca de ir a la Cruz; me vienen dudas interiores, disgustos, temores todo me espanta; parece que tengo dos maneras de ver las cosas, según mis disposiciones. Estos pensamientos me traen desesperanza y me hacen desear la muerte. Temo mucho la violencia de estos sentimientos y de esta agitación; espero sin embargo por la misericordia de Dios no consentir voluntariamente al mal. Lo que me lo hace esperar es el deseo de no sucumbir a estas tentaciones y que le digo al Señor, muy fríamente de verdad, que temo ofenderlo y que le suplico preservarme, asegurándole que a pesar del temor que tengo a los sufrimientos, que es tal que no me atrevería jamás a pedirlos, quiero temer más aún que a todos los otros males, el de desagradarlo.

Soy infiel a mis ejercicios, temo estar en la Iglesia, aún cuando siento que es ahí donde puedo encontrar reposo. Tengo muchas dificultades en hacer mis oraciones vocales, no las hago completas y las hago mal; algunas veces me imagino que no las puedo hacer. Mi oración no me hace salir del sufrimiento en el que me encuentro y algunas veces me sume más. No tengo la fidelidad de mantenerme sumisa en la presencia de Dios, a pesar de este penoso estado. Busco salir de esto por la lectura de algún libro propio para mi situación; cualquier capítulo que trate del cristianismo interior, que trate de la felicidad de seguir a Jesucristo por el camino de la Cruz, y del valor que es necesario tener, me ha llamado algunas veces a la sumisión y al abandono a su voluntad. Otras, todo esto es inútil y estoy de tal manera cargada de mí misma que no se más que estar.

He tenido, sobre todo hoy, una tristeza extrema de comulgar en estas disposiciones y no sé todavía si he hecho mal en hacerlo antes de haberle rendido cuentas. Después de la comunión he pedido a Nuestro Señor que sea el Dueño de mi corazón y me conceda la gracia de ser enteramente suya y no a medias. He pensado inmediatamente que lo que me hace no tener paz, es que no lo soy todavía totalmente.

Me vino al espíritu decirle que en tanto que el mundo tenga algo que esperar de mí, no estaré tranquila interiormente. He pensado que usted me podría abandonar sus libreas lo más pronto posible; temo de mí misma si este cambio se hace poco a poco. Creo que la turbación y agitación que experimento puede venir de que me detengo demasiado en romper con el mundo, sin hacerlo del todo; este paso externo podrá ayudarme mucho.

He pensado, aún que no tendré paz, sino cuando no sea ya dueña de mis acciones y la obediencia regule mi conducta; lo que me hace sentir qué necesaria es la obediencia; es el estado en que me encuentro la causa de no saber en qué ocuparme. La sola obediencia podría guiarme y forzarme a hacer cosas por un año en relación con la comunión, a la que no he faltado, aún cuando con frecuencia me ha costado mucho.

Pienso en muchos momentos que no tendré ya tranquilidad después de estos sacrificios. Sin embargo, padre, he creído deber decirle lo que pasa en mí.

Me viene al espíritu, para desviarme en ello, que la prudencia sería pasar tres meces en la Cruz sin hacer ningún cambio, a fin de ver como me encuentro allí, al mismo tiempo esperar que nuestra herencia sea determinada, por la opinión que esta gestión podría causar

a mi familia. Pero pienso que no podría haber ofendido tanto a Dios, es el momento ya de entrar en sus designios.

Si usted juzga, padre, que El me destina a esta forma de vida que he pensado, si usted considera conveniente que siga exactamente la regla de las Hijas de la Cruz y, además, le pediría el permiso de ayunar tres veces por semana; miércoles, viernes y sábados. Durante algún tiempo el padre de la Croix me había permitido los viernes y los sábados y no le hizo nada mal a mi salud. Le pediría también el permiso de acostarme en un jergón, lo que podría no ser conocido por nadie, porque levantaría y guardaría los colchones que me dieran. Me he acostado de esta forma en Rennes, durante algún tiempo, porque había dado mis colchones a un enfermo pobre.

Le pediría, así mismo, continuar levantándome a las 4 ½ horas, el padre me lo ha permitido a fin de que hiciera una ½ hora de oración antes de bajar al coro a las 5 ½ . le suplico también decirme si me permite no dejar de levantarme siempre a esta hora, nunca más tarde, a menos que estuviera enferma, para asistir a la oración común. Esto me lo había prohibido el padre de la Croix estando enferma, porque le había hablado de ello en el retiro, y él había creído que esto me enfermaría más, lo cual yo no creo. Yo temía que si no me levantaba como todo el mundo, se me hubiera impedido participar en la Misa y comulgar y pensaba que esta infidelidad me alejaría del Buen Dios, y a pesar de que sufriera, estaba algunas veces recompensada por un sentimiento de haberme hecho un poco de violencia por Nuestro Señor.

He pensado, padre, que debía comunicarle estos pensamientos aún cuando me da trabajo hacerlo, pues me parece que todo mis buenos sentimientos se desvanecen. Dentro de las cosas que le propongo, las más contrarias a mi inclinación, creo que aún me busco a mí misma y que no actúo puramente por el Buen Dios. Sin embargo, aún cuando ello me cueste mucho, en la disposición en que me encuentro de hablar de esto, pensé que debía hacerle conocer como pueda, lo que experimento y que usted juzgaría de inmediato lo que debo hacer, pues estoy resuelta, por la gracia de Dios a hacer lo que usted me diga.

## **ANEXO 5.13**

### **CONSEJOS DE CLORIVIÈRE, PREPARANDO A ADELAIDA A SU PARTIDA**

Julio 28

Señorita:

Creo que más que nunca debe ser fiel a sus comuniones. Esas turbaciones que siente no son razón para privarse de ellas. No me parecen culpables; usted hace bien, sin embargo, en pensar que tiene su raíz en alguna imperfección, de la cual el Señor quiere que se corrija. Las gracias que le ha dado y que le da aún, piden de usted una forma más perfecta, un recogimiento más continuo, quizá algún sacrificio más. Sin el espíritu de sacrificio y de privación, no será nunca apta, a pesar de la buena voluntad que tenga, para la ejecución de sus designios. Corresponde a usted consultar interiormente al Espíritu Santo y ser muy fiel en seguir su voz.

Usted tiene aún demasiado mundo, dice usted, quizá por un exterior de vanidad. Este punto debe considerarse con cuidado delante de Dios. No haga sin embargo, ninguna reforma profunda y considerable, sin consejo; pero esté dispuesta a hacer lo que le sea aconsejado según Dios. Sin hacer, por ahora ningún voto de obediencia, lo que sería indiscreto y las circunstancias no permiten, actúe en varias cosas como si lo hubiera hecho.

No puedo entrar en detalle para un reglamento durante un poco tiempo que estará allí. He aquí en general tres cosas a observar: la piedad, su salud, la atención hacia la sociedad.

En la mañana, la oración antes de salir, la Misa, la acción de gracias. De regreso a su casa, puesto que toma las aguas, este tiempo no le permite emplearlo. Paséese un poco. Tenga, si puede alguna conversación mientras pasea. Usted no lo puede hacer donde se encuentra más que con las personas piadosas. Antes de la comida un cuarto de hora de mayor recogimiento. Por la tarde la lectura piadosa, las cartas que tendrá que escribir, una Visita al Santísimo Sacramento, una media hora al menos de oración.

Lo que más le aconsejo, y debe ser el fruto principal de sus comuniones, es una íntima adhesión a la persona adorable de Nuestro Señor, adhesión que le haga su presencia habitual, que la haga tener con El una respetuosa familiaridad, que la desprenda de todo, de manera que todos sus afectos, los más legítimos, los más naturales, se vuelvan del todo espirituales.

El pequeño libro que le envió podrá ayudarla en esto. Soy, con respeto, señorita, su muy humilde y obediente servidor. De Clorivière.

#### ANEXO 5.14

#### ADELAIDA HABLA DE LA FORTALEZA Y LA PAZ ENCONTRADAS EN LA ADORACIÓN DE CRISTO EUCARISTÍA

Un poco antes del 15 de agosto de 1788

Después de haber dudado, me decido a mostrarle esta carta. No sé a que atribuir todo lo que el interés y la amistad quieren reprocharme. No quiero seguramente, conducirme en nada por mi voluntad, pero le aseguro que no hago nada que sea en verdad extraordinario. He perdido el hábito del vino y del café desde mi retiro en la Cruz, y no me encuentro mal. Tengo el aspecto más débil de lo que estoy y, creo que aún mi temperamento se fortifica desde que me ocupo menos de mi salud.

La señora de Carman que me ha escrito, no sabe que mi salud no es el sólo objeto de mi viaje, cree que simplemente iré un momento a la Cruz en el tiempo del retiro; por consiguiente ella no puede adivinar la extrema necesidad que tengo de pasar allí el mayor tiempo que me sea posible delante del Santísimo Sacramento; tampoco puede saber lo que pasa en mí, que me hace tan necesaria la asiduidad a la Iglesia durante la adoración, ya que considero como un regalo de Dios encontrarme aquí durante este santo tiempo.



No he respondido aún a esta carta. Estoy conciente que aquí se encuentra un poco extraordinario mi género de vida, pero con frecuencia, dentro de las disposiciones en las que estoy casi habitualmente, yo no sabría más que hacer, si no fuese a la Iglesia. No es que yo emplee bien el tiempo que paso allí, es preciso que emplee bien este tiempo.

He tenido la inquietud, después de confesarme, que no haya tenido culpa en las rebeliones interiores y en la especie de desesperanza que me causan mis disposiciones; sin embargo, he comulgado por obediencia. Pienso que el Buen Dios permite esto para (mi bien).

No puedo concebir el cambio que se opera en mí en ciertos momentos; en la presencia de Nuestro Señor todos mis temores, mis penas, desaparecen, mi valor aumenta y mi deseo de darme al servicio de Nuestro Señor sin ninguna reserva; mi resolución de abandonarme a todo lo que El quiera ordenar de mí, se afirma entonces cada vez más. Me admiro después de esto, de las gracias de nuestro Señor para un sujeto tan indigno como yo. Comparo el pasado con el presente y lo que espero para el porvenir y me sumerjo en sentimientos de agradecimiento y me excito por ello al amor de Nuestro Señor pensando hasta que punto le he ultrajado. Estas disposiciones han sido más frecuentes desde la fiesta de...

#### **ANEXO 5.15**

#### **CLORIVIÈRE AYUDA A ADELAIDA A ENCONTRAR LA MODERACIÓN EN SU ESTILO DE VIDA Y DE ORACIÓN QUE CONTRIBUYA A SU EQUILIBRIO**

Fiesta de la Asunción, al atardecer  
Señorita

He leído con atención su carta y la que se le ha escrito de Rennes. Pienso, como el padre de la Croix, que todo lo que se le dice en ella es prudente y dictado por una verdadera y cristiana amistad. Si su estado es tal como se le describe y lo piensan sus amigos, usted no puede hacer nada mejor que seguir el consejo caritativo que le dan. No es perjudicar su alma el omitir algunos ejercicios de piedad en vista de su salud, cuando es por Dios que se le cuida y se le hace deferencia de parte de sus amigos, cuyas opiniones y consejos se respetan.

Usted no me había dejado ignorar del todo el género de vida que lleva allí, y yo no he creído deber molestarla interiormente: la he llevado, lo más que he podido, al recogimiento y a huir de la disipación. He aquí cuáles han sido mis razones:

1. No me ha parecido que su salud fuera alterada.
2. He creído que tiene mucha más necesidad de paz que de medicinas y que una vida de paz y de recogimiento en (¿) – contribuiría aún más al perfecto restablecimiento de su salud que todas las aguas del mundo.
3. La experiencia que ha hecho, desde que está allí, me ha confirmado en esta idea.

Después de todo, puedo estar equivocado, usted misma es quien debe decidir; si su salud, lejos de debilitarse, toma por el contrario, cada día nuevas fuerzas, si el espíritu y el

cuerpo se encuentran mejor, no es ciertamente la intención de sus caritativas amigas que usted dañe su salud, llevando una vida menos recogida. Le aconsejaría solamente concederse en este tiempo la mitigación que las circunstancias pidan, y contentarse en sus ejercicios de piedad con una dulce aplicación del corazón a Dios, que San Francisco de Sales recomendando mucho a sus hijas, tanto en la enfermedad como en la salud y que fortifica singularmente el espíritu sin causar al cuerpo el menor daño.

Pero si verdaderamente, viviendo como usted lo hace, pone un obstáculo al perfecto restablecimiento de su salud, yo no puedo aprobarlo. Soy totalmente del parecer de sus amigas, y le insisto como ellas, que haga lo que le ha sido señalado en su carta.

Soy, con respeto en Nuestro Señor, señorita, su muy humilde y obediente servidor, de Clorivière.

Le he escrito en otra hoja a fin de que puede, si lo juzga oportuno, comunicarlo a sus amigos de Rennes, lo que pienso de su conducta. Le adjunto, la novena de la Señora Luisa que le devuelvo con mi agradecimiento. No se extrañe de las pequeñas molestias que le doy y, si su salud no se encuentra peor, usted puede continuar aprovechando los cuidados que le he señalado. Esto es solamente para usted.

#### **ANEXO 5.16**

#### **EL DIA QUE ADELAIDA LLEGA A LA CRUZ, CLORIVIÈRE LA INVITA A MIRAR SIEMPRE ADELANTE EN LA OBEDIENCIA**

Dinan, 8 de septiembre de 1788

Que el mismo Señor la sostenga y la ilumine en su nuevo camino en el que El mismo la ha hecho entrar.

No mire más atrás, para que pudiera servir las vueltas inquietas sobre el pasado, solamente para desanimarla y para privarla de las gracias que el Señor le ha destinado. Mire siempre delante de usted como el Apóstol nos enseña; que el temor del provenir no haga nunca en usted la más mínima impresión desagradable. No tema perderse lanzándose por decir así, como ciego, en las manos de Dios; la confianza y el abandono son las virtudes que todavía no ha conocido bien hasta ahora, pero que deben, a partir de hoy, servirle de antorcha. Esfuércese por adquirir en ellas la perfección y pídaselas frecuentemente al Señor. El le concederá todo lo que le pida.

Haga todo el bien que pueda, pero siempre sea con la sanción de la obediencia. No le digo nada más, la obediencia encierra todo.

Mis respetos a la Superiora. Saludos de mi parte a la señorita de la Gervaisais. Hubiera estado encantado de encontrarla en la Cruz.

Soy, con respeto, su muy humilde y obediente servidor. Esta noche salgo de misión bajo los auspicios de María. Ruegue por mí.

## **ANEXO 5.17**

### **ADELAIDA BUSCA UN ESTILO DE VIDA MÁS SENCILLO Y CÓMO PROGRESAR EN LA POBREZA INTERIOR Y EXTERIOR: PRIMEROS PASOS HACIA LOS “PERMISOS GENERALES”**

12 de septiembre de 1788 – viernes por la mañana

Temo, padre, ser infiel a Nuestro Señor, leyendo cartas antes del final del retiro, que sospecho podrían darme otras ideas. Sin embargo, como hay una de mi hermano, y no sé si el está aun en la Bastilla, y no he escrito desde el día de mi partida para venir aquí, le ruego ver mis cartas y tener la bondad de decirme si es conveniente leerlas y responderlas antes de que el retiro se termine, es decir, el martes. Entre ellas encontré una de la Madre de la Anunciación que he abierto, porque he juzgado que no me hablaría más que de Dios.

Voy a hacerle algunas peticiones, si me lo permite, padre, queriendo importunarlo, a menos de una gran necesidad, durante su misión.

Si mi recamarera tiene repugnancia para pasar el invierno aquí, o su salud lo resiente, me permite, enviándola, a Rennes, pagarle allí su pensión en la casa de los Retiros. Al fin, no tengo pensado comunicarle, sino hasta lo más tarde posible mi plan de pasar el invierno aquí. No tengo ya necesidad de ella para mi arreglo, mi intención es emplearla para trabajar por la Iglesia y para los pobres. Ella hace todavía mi cama y mi cuarto. Aprueba usted que me ocupe de hacerla yo misma. ¿Qué mi cambio de ropa le haga conocer mis intenciones o bien, quiere usted que inmediatamente después del retiro, no le permita ya ocuparse de mí? Tengo también dificultades sobre la manera que convenga que me conduzca con ella, porque mandar aunque sea a una sola persona no va con alguien que vino aquí para ser la última de la casa y para formarse en la virtud.

Con frecuencia he tenido la intención de deshacerme de mi reloj de pulsera, para tener solamente uno de plata por necesidad. Pienso que ésta es una buena ocasión, pues podría comprar uno de plata para mi recamarera, en caso que me sea necesario. Cuando esté fuera de casa podría servirme de él.

Aún no he hablado con la superiora del empleo que me propongo hacer de las 600 libras. Será mejor, padre, remitírselas simplemente, diciéndole mi intención, o pedirle calcular el pequeño lugar que podrá amueblar con camas y limitarme a eso. He pensado en esto, pero sin embargo, temo que no me sea más que pretexto para retirar lo que había ofrecido, con su consentimiento a Nuestro Señor para este objeto.

Le suplico de nuevo, decirme que debo comunicar a mis parientes y amigos en relación con mi estancia aquí. Pensaba que podría decir que deseo pasar algún tiempo aquí y, hacia Todos Santos, o más pronto si es necesario, comunicarles que me decido a para aquí el invierno.

Tendría mucho gusto en saber los libros que usted me aconsejaría para leer y para materia de oración, fuera de la que se hace en común.

¿Cómo me debo comportar con la superiora, qué permisos le debo pedir? ¿es necesario no dar a los pobres, sino hasta que ella me dé el permiso? ¿No estaría dispensada de esto en las ocasiones imprevistas, cuando esté fuera de la casa?

Si usted tuviera la bondad de reglamentar lo que debo hacer sobre esto y dármelo por escrito, estaría mucho más segura de que lo que hago será agradable al Señor. Temo que usted no tenga tiempo de hacerlo por ahora; entonces tenga la bondad de señalarme a su regreso lo que piensa sobre la conducta que debo seguir aquí. Por ejemplo, tengo pendiente sobre si es mejor salir alguna vez para los oficios de afuera, como la Bendición, sermones o limitarme a los de aquí. ¿Podría ir a San Maló, a ver a alguna persona, si la ocasión se presenta?

Usted sabe la repugnancia que tengo de hacer visitas, creo que la intención de usted es que las haga; quizá me vea en el caso de visitar dos o tres personas que conozco. Si no me puedo dispensar de ello ¿no debo contentarme con ir a las iglesias y a los hospitales?

Tengo la inquietud de cómo hacer para no tener una alimentación diferente a las religiosas, lo cual me parece difícil comiendo en la mesa de las pensionistas. Hay también penitencias que hacen las religiosas en el refectorio que serían muy buenas para deshacer mi amor propio, pero no niego, padre, que esto me costaría, sobre todo porque soy observada por las pensionistas. Sin embargo, padre, si usted piensa que debo tratar de hacerlas, preguntaré a la superiora si esto es posible.

Le he dicho a la superiora que Nuestro Señor me ponía en sus manos porque usted me ha puesto aquí; le he suplicado se sirva advertirme sobre mis defectos y tener la caridad de hacerme las observaciones que juzgue conveniente. Ella me ha testimoniado mucha bondad, me ha hablado de la cuenta que se le rinde del propio interior. Dígame, le suplico, padre, si ésta es su intención respecto de mí. Por mi parte la haré con mucho gusto, pero me será muy difícil, más por el amor propio, que por la dificultad en la práctica. Le suplico decirme unas palabras.

Al dejar Rennes, he puesto, tanto cuanto pude, mis pequeños asuntos, a fin de estar más libre para hacer lo que usted me dijera. Tengo una memoria exacta de lo que he dejado en Rennes y he dejado mis llaves con mis amigas de confianza. He pensado que, según las cosas a la que usted me decidiría, podría ser que me deshiciera e inmediato de mis efectos. Destino al Buen Dios lo que pueda convenir para la iglesia, lo cual no es ni bello ni considerable, porque ya he usado para los ornamentos de la iglesia lo que mejor tenía. Pienso que las cosas que tengo, que se encuentran apropiadas para ser distribuidas a los pobres sin cambiar de forma, podrían ser entregadas por mi amiga; y los otros efectos, vendidos, para ser empleados por mí, para aprovecharlos de la manera que usted juzgue conveniente, porque aún cuando no tengo nada que no sea muy sencillo, si yo fuera a otra parte, espero haber aprendido aquí a pasarme con mucho menos, sobre todo si usted, decide el cambio de ropa del que hemos hablado.

He traído aquí muchas cosas inútiles, por lo que veo; pero en fin, como ya están aquí y no puedo disponer de ellas antes de que usted haya reglamentado lo que haré, me he

visto obligada a rogar a la superiora me comprara un armario, que se cree que ella presta, y que le he dicho, le dejaré. Me he gastado ya un luis por las cosas inútiles que me embarazaban; había tenido miedo que me faltase algo, lo que me ha hecho ocuparme de muchas cosas a las que hubiera podido renunciar, para prepararme al cambio total que usted ha pensado y en el que yo pensaba con frecuencia. Tengo todavía en Rennes algunos objetos de despensa para las buenas obras. He tratado, sin embargo, durante este año de desembarazarme en cuanto he podido, de aquellas cosas que creí no las podría ya atender. He advertido en relación a esto, una providencia que me hace encontrar otros recursos para las jóvenes que estaban a mi cuidado, y lo que quedó pendiente, no es necesario que me ocupe por mí misma, se puede vigilar desde lejos.

He aquí padre, la situación de mis pequeños asuntos.

He dejado en regla, tanto como he podido, las cosas en relación con mis parientes, de las cuales estaba encargada en Rennes, pero me reprocho de no estar todavía más desligada de muchos cuidados inútiles para mí, aún cuando decidí interiormente después del retiro, cortar con muchas cosas y hacer ajustes al regresar a Rennes. No hice en relación a esto, más que muy ligeros sacrificios y no busqué profundizar con bastante seriedad lo que el Buen Dios podía pedir de mí, en detalle, con el tiempo. Mis resoluciones generales se debilitan. Me encuentro también casi adherida a esas vanidades, y hasta el momento de venir a Dinan, no he dejado de ocuparme en comprar cosas nuevas. Tengo aun cosas comenzadas que se acaban, pero que espero ya no llevaré. He hecho esto en un tiempo en el que no podía disimular que iba a renunciar a ello totalmente; es tan arraigada en mí la inclinación a la vanidad y a todo lo relacionado con ella.

He pensado que en espera de que usted reglamente la manera como me vestirá, podría desde este momento, quitarme el listón de la cabeza. Es un pequeño detalle, pero usted me ha dicho, padre, nada es pequeño en las cosas que se relacionan con Dios, y mi vanidad se nutre con frecuencia de esas miserias, a pesar de que hace bastante tiempo que no gasto mucho en mí, no había renunciado a la variedad en todo esto. No he querido por tanto, hacer este ligero cambio sin preguntárselo.

Yo querría saber, padre, y tengo temor de olvidar pedírselo, si debo pagar un cuarto de pensión al terminar el retiro. He sabido por la superiora, que ella no estará ya después de noviembre.

#### **ANEXO 5.18 a**

### **ADELAIDA CONFÍA AL PADRE DE CLORIVIÈRE TODOS LOS MOVIMIENTOS INTERIORES POR LOS QUE ELLA PASA; ESE CONTÍNUO ALTERNAR DE LA TURBACIÓN A LA PAZ, DEL DISGUSTO AL FERVOR – SUS SENTIMIENTOS DE AMOR PROPIO QUE LA HACEN INTERROGARSE SOBRE EL BENEFICIO DE UNA CONFESIÓN GENERAL – SU DESEO DE ABANDONO TOTAL A SU DIRECTOR**

Adelaida de Cicé a Clorivière.

Septiembre - octubre de 1788

Permítame, padre, darle cuenta de lo que pasa en mí después del retiro.

He regresado aquí con un poco de repugnancia, el corazón muy triste y estrujado, sin poder decir precisamente lo que tenía, ya que deseaba y temía al mismo tiempo encontrarme aquí de nuevo. He estado por consiguiente, mejor después de haberle hablado en el momento de mi partida y he marchado bastante contenta, a pesar de esta pena que no puedo definir, pero con la esperanza que hacía la voluntad de Dios.

Me llegan momentos de disgusto muy vivos, pero no duran mucho. Experimento una secesión continua de agitación, de turbaciones, de desánimo, de pena, de tendencia al mal, de repugnancia, y paso de inmediato, algunas veces en un instante, de este estado de pena, de insensibilidad y de indiferencia por mi salvación, a un estado de paz, de confianza, de alegría, de horror de la menores faltas y de ardor por las perfección de la caridad hacia el prójimo, de celo por su salvación y de deseo de procurarla. En el estado contrario no siento más que indiferencia, enojo, y aún algunas veces, acritud contra mi prójimo.

Me parece que lo que puedo hacer es no dejar de percibir del todo esta disposición, que hace siempre un poco de mella y no soy entonces, ni tan atenta, ni tan obsequiosa con las personas con quienes vivo. Experimento entonces en la oración una repugnancia muy grande por ese santo ejercicio, me siento agitada, sin disposición para fijarme en nada, al menos, me parece imposible y la violencia que sería necesaria hacerme para orar, me parece por encima de mis fuerzas; veo como inútiles los esfuerzos que haga para ponerme en paz. Me parece entonces necesario abandonar la oración en ese tiempo y, tomaría ese partido, dada la inutilidad de todo lo que puedo hacer cuando me encuentro en esta disposición, pero me he detenido cuando estoy en la oración comunitaria.

Quisiera tener sobre esto su opinión, dentro de una y otra circunstancia, pues temo faltar no tomando de ordinario los medios de tranquilizarme y de ponerme en la presencia de Dios a causa de la experiencia que he tenido de la inutilidad de mis diligencias.

Encuentro en mí un fondo de amor propio tan enraizado, que temo sea el móvil de toda mi conducta. Desapruebo algunas veces estos mezquinos motivos que me llenan y me hacen hablar y actuar pero los sentimientos de vanidad me complacen y estoy persuadida, como usted, me lo ha dicho, que mis turbaciones no vienen más que del amor propio, porque estoy de acuerdo en que la menor cosa lo quiere; y el temor de todo lo que me puede humillar o llevarme al más ligero desprecio, ordinariamente la primera causa de turbación y de agitación en que vivo casi siempre.

Creo entonces, en vano protestar a Nuestro Señor que le prefiero a todas las cosas y penetrarme del sentimiento de que todo lo que no es de El no cuenta; la impresión que recibo del sentimiento de temor al desprecio o al menos , que no se tenga por mi toda la estima que yo quisiera, es tan fuerte, que estoy por largo tiempo, como he dicho, sin poder tranquilizarme, ni aún por medio de la oración.

Como le he dicho, me viene al espíritu, y no se si este pensamiento viene de Dios, que una confesión general, la que me he opuesto, porque he dudado algunas veces si me

fuera necesaria, y que no lo era, puesto que usted lo juzgó así pienso me sería, al menos, muy útil.

Creo que sería un buen medio para avanzar en la destrucción de mi amor propio y que la paz del alma que me procuraría, quitaría las vueltas sobre mí misma que usted me reprocha y que Nuestro Señor me reprocha también, porque siento con frecuencia que bajo el pretexto falso de servir mejor, me busco a mí misma en todo. No estoy ocupada más que de mí y muy poco de la presencia de Nuestro Señor en mí; así totalmente me puede dar la paz, y me la da efectivamente cuando tengo la docilidad de aplicarme a ella y mis infidelidades, sobre todo mi amor propio, no me desvía de esta atención. Creo también que mi apresuramiento y mi actividad natural la dañan mucho; es una de las cosas que aún percibo, me perjudican más.

Mis razones para pedirle permiso de hacer una confesión general, son, en primer lugar, el pensamiento de que en el momento de la muerte me reprocharía no haber hecho una, pues solamente la hice verdaderamente en mi Primera Comunión, no tenía más que 10 años; muy pronto tendré 40. Aún cuando he hecho varias revisiones con sinceridad, y desde el retiro que hice en 1782, no me he retractado de la resolución que tomé, por la misericordia de Dios, de ser toda de Él, no tengo en ciertos momentos la conciencia muy satisfecha. Temo no haber recibido el sacramento de la penitencia con todas las disposiciones requeridas.

Una confesión general para remediar todo lo que pueda haber faltado, sería un buen fundamento para el edificio espiritual que quiero levantar en mí por la gracia de Dios. Mis repugnancias y desganos en la práctica del bien, me hace sentir que son necesarios motivos muy fuertes para sostenerme y vencerme. ¿Dónde puedo encontrarlos semejantes a los que me debe inspirar la vista de la vida que he llevado, de mis infidelidades, de mi ingratitud, de mi inconstancia? ¿Qué medio más adecuado para adquirir la humildad, de la cual tengo tanta necesidad? La experiencia que tengo del bien que me hace la humillación que encontraría ligada al examen y a la confesión de mis faltas, me persuade aún mejor que lo demás, del provecho que sacaría de ello, porque pienso, como usted me lo ha dicho desde el principio, que éste ha sido el medio de atraer sobre mí las gracias de Dios.

Actualmente, le diré, padre, miro como la cosa más difícil para mí, una confesión general, tanto a causa de mi amor propio, a pesar de la decisión de vencerlo, como por mi falta de memoria y de conocimiento de mí misma. Sin embargo, a pesar de estos obstáculos tengo confianza en Dios Nuestro Señor si usted juzga que es El quien me pone el pensamiento de hacerla, la haré, persuadida que El me ayudará con su poderoso socorro. Me parecería imposible soñar en ello si usted no me permite escribirla, porque sea que venga del demonio o solamente del amor propio, casi siempre cuando me confieso, la turbación que experimento es tan grande que olvido todo lo que tengo que decir; esto me acontecería infaliblemente en una confesión general, si no la escribo.

Pido al Señor, por la intercesión de su Santa Madre, que le haga conocer lo que El pide de mí es esta ocasión.

El pensamiento de que usted me conoce, me hace desear más el que usted me lo conceda, aún cuando al mismo tiempo dudo, no por falta de confianza, sino por las dificultades que capto y que me hacen temer hacerla mal, pero siento que con las gracias que Dios me ha concedido, debo poner toda mi confianza en El. Estoy muy contenta de explicar a usted todo esto por escrito, porque si pudiera hablarle en este momento, lo que por otra parte es difícil, usted estaría demasiado de prisa, para que yo pudiera decirle todo lo que he escrito.

En caso de que juzgue que debo hacer esta confesión general sólo me resta pedirle fija la fecha en que la haría; durante el retiro que dará aquí le queda muy poco tiempo disponible. Si usted lo aprueba, podría encontrar antes cualquier pretexto para hacer un pequeño viaje a Dinan, de algunos días, a la casa de las Hermanas de la Sabiduría, ya que temo un poco que haciendo una confesión general durante el retiro, ponga menos atención a los Ejercicios y me ocupe solamente de pensar en mi confesión.

Abandono todo esto, padre, a su caridad por mí. No he dejado por la gracia de Dios, de comulgar desde mi regreso de Dinan.

#### **ANEXO 5.18b**

#### **EN SU DESEO DE SOMERTE EL USO DE SUS BIENES, ADELAIDA PRESENTA A CLORIVIÈRE EL ESTADO DE SU FORTUNA Y SU SITUACIÓN DE FAMILIA**

Adelaida de Cicé a Clorivière  
Septiembre de 1788

Pensé, padre, que le sería útil, para decirme en lo que usted piensa que el Buen Dios pide de mí, que usted conociera aún más mi posición exterior, y lo que le digo aquí, podrá así mismo llevarlo a hacerme las preguntas que nunca me ha hecho y mis respuestas lo podrán al corriente de lo que me concierne.

Fuimos doce hijos, soy la última, ahora somos sólo 8. Creo que usted sabe bien el triste estado de mi hermano mayor. Es Monseñor d'Auxerre que lo representa, quien he cedido su derecho de primogenitura al hermano que le sigue, cada con hijos. Mi padre murió en 1750; en 1751 se hizo un reparto provisional que duro hasta el casamiento de mi hermano que quedó como mayor (Luis-Toussa'nnt). Nuestras particiones definitivas fueron hechas hasta 1770; ascienden para cada uno de los menores, a la suma de 15.000 libras. A petición de Monseñor d'Auxerre, mi madre ayudó mucho a mi hermano cuando se casó, entregándole toda su herencia y muchos otros objetos. Hemos tenido la desdicha de perder esta querida y respetable madre en enero de 1784. Monseñor d'Auxerre se creyó obligado a comenzar a los otros hermanos menores los sacrificios que, mi madre comprometida por él, hizo a favor del hermano a quien el constituyó en el mayor. En consecuencia, el había arreglado que nuestras partes podrían ascender alrededor de 25.000 libras. Una pensión vitalicia bastante considerable reservada para mi hermano mayor (Francisco) en la sucesión de mi madre y las partes de Monseñor d'Auxerre y de Monseñor de Bordeaux repartida entre todos, y el mayor que se ha aprovechado, en proporción a sus derechos, de estas ventajas.



Este plan que ahorra muchas dificultades, no fue adoptado. Una parte de los bienes de la familia, están en suspensión. No se ha tocado, desde 1784, un piso de renta bastante considerable del Hotel de la ciudad de París; creo que este efecto se perderá en las circunstancias actuales; el resto de los bienes de mi madre es cobrado por un hombre de negocios. Todo va muy mal, porque nadie quiere responsabilizarse; se espera una conclusión que no llega. Esto terminará cuando Dios quiera, pero no veo esperanza de una conclusión próxima. Si alguno de mis hermanos llega a faltar, esto vendría a hacerse más difícil aún.

Mi madre, a quien nunca dejé y que me amaba en extremo, había querido con frecuencia, hacerme presentes considerables, lo que siempre rehusé. Sin embargo, se me hizo aceptar alguna cosa de lo que ella había querido darme. Monseñor d'Auxerre, que vino a verla poco tiempo antes de que yo tuviera la desdicha de perderla, el da testimonio de lo mucho que ella hizo por mí, todo lo que ello podía hacer, en lo cual él veía una especie de justicia.

He aquí en que consisten sus dones (he puesto del conocimiento de ello a mis otros hermanos y hermanas): los muebles que eran de mi uso en el apartamento que ocupaba en casa de ella y el de mi recámara. Son los que me sirven en el Retiro. Dos rentas vitalicias, una de 2000 libras y otra de 150; alrededor de 200 escudos colocados en renta. Le adjunto en otra hoja la nota de mi ingreso actual, sobre el cual no debo nada. A instancias de Monseñor d'Auxerre, he tomado algunos muebles de mi madre, por lo cual he entregado simplemente un recibo que se tomará en cuenta cuando se reparta el mobiliario.

He aquí lo que disfruto al presente:

- Un contrato de renta sobre el préstamo de los derechos de registro que ha tenido reducciones. No cobro más que 105 libras.
- Contrato sobre particulares que producen 297 libras.
- 8.000 libras colocadas en la marmita de los pobres que producen una renta vitalicia de 400 libras.
- Contrato sobre las disposiciones de 4.000 libras que producen 200 libras.
- Las dos rentas vitalicias provenientes de sumas que he puesto a mi nombre 350 lib.
- Otras tres rentas vitalicias provenientes de sumas que he colocado cuando se me ha reembolsado algún dinero, producen un total de 650 libras

Para un total de 2.002 libras.

Pienso que puede ser que no sea inútil que usted sepa de la naturaleza de mis bienes, a causa de lo que usted pueda juzgar en relación con el uso que yo haga de ellos.

## **ANEXO 5.19**

**CLORIVIÈRE RECUERDA LOS CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO A LOS QUE SE DEBE UNIR LA PRUDENCIA Y LA ESCUCHA DEL ESPÍRITU SANTO. ESTÁ BIEN QUE ADELAIDA HAYA DECIDIDO VESTIRSE COMO LOS**

**POBRES A QUIEN ELLA SIRVE. QUE POR LO TANTO SE TRANQUILICE Y  
NO TOME EN CUENTA LAS REACCIONES DE SU MEDIO. MISMO CONSEJO  
EN RELACIÓN AL PADRE DE LA CROIX**

Clorivière a Adelaida de Cicé.

En la casa de la Cruz en San Servando, Dinan, 21 de octubre de 1788

Señorita:

No puedo tomar sobre mí el decidir sobre los detalles de sus buenas obras y de sus limosnas. Le es permitido, sin duda seguir hasta cierto punto este atractivo que tiene de dar; pero es necesario que la prudencia cristiana nos dirija en todo, y sin ella, nuestras mismas buenas obras no podrían agradar al Señor. Antes de emprenderlas, sobre todo las que son de alguna consideración, es necesario reflexionar si son proporcionadas nuestras facultades y si no perjudican a otras obras que Dios pediría todavía de nosotros.

Es verdad que algunos santos parecen han obrado sin observar reglas; pero esto era cuando se trataba de algunas obras que veían especialmente a la gloria de Dios y que ellos sabían bien que Dios les pedía. Sin una luz particular, sería tentar a Dios querer imitarlos en esa clase de cosas. Es todo lo que le puedo decir en relación a esto; pero le sugiero firmemente, reportarse a quien Dios le ha dado para ayudarla con sus consejos.

No encuentro nada malas sus razones para eximirla de esta entre las damas de la Congregación. No insisto sobre lo que le he dicho sobre el vestido de seda; esto depende en gran parte lo que el Señor le inspire. Expóngaselo a la superiora y tome enseguida su determinación. La intención del mayor bien debe contar en ello; pero para conocer este mayor bien, no es solamente el fervor lo que se debe escuchar; es necesario examinar según Dios, todas las circunstancias e implorar, antes que todo, las luces del Espíritu Santo.

No me sorprende la pequeña guerra que se le hace; pero todas las razones que se le aportan me parecen sólidas y contrabalancean ciertamente las que la han hecho obrar. El cambio que usted ha hecho en su exterior, no ha sido, desde luego, el efecto de un momento de devoción pasajera, usted lo ha reflexionado largamente y no ha omitido nada de lo que podía servir para hacerle conocer la voluntad del Señor. Si otras se conducen en otra forma, no las culpe. Pero ellas pueden saber que la conducta de Dios no es la misma para todo el mundo.

Lo que usted ha hecho se podría haber hecho con menos escándalo, no hubiera habido ninguno si estas buenas personas no lo hubieran hecho. De otra parte, usted no dio ninguna importancia a esta diligencia que ellas hicieron sonar tal alto. No busque más que ocultarse a usted misma y animosa vivir para Dios sólo en un perfecto olvido del mundo. En cuanto al bien que usted pudiera hacer en el mundo, no es de ordinario bajo las libreas donde se ha hecho más. En fin, sólo Dios sabe la manera como El quiere que usted lo busque, y en lo que hace no tenga otro deseo que seguir su voluntad. Esto es lo que creo puede responder a esas personas.

En relación con el padre de la Croix, su carta s una respuesta que no pide nada de parte de usted. Tenga siempre para él los sentimientos de respeto y agradecimiento que le debe. El sabe cuántas veces usted le ha consultado, cuánto tiempo hace que usted ha pensado en la gestión de la que él le habla, usted no le ha hecho ignorar nada; así, no veo que él quiera acusarla. No era precisamente una vida contemplativa la que usted quería unir con las obras de caridad, sino una vida donde practicara las virtudes religiosas, sobre todo la pobreza y la obediencia, usted no ha encontrado ningún otro lugar que el que ha escogido. Le había suplicado de encontrarle uno en Rennes, usted la ha buscado ahí en vano.

Su canto me ha gustado mucho. No le faltan defectos. Pero es una fiel expresión de sus sentimientos y creo que le ha complacido a Nuestro Señor.

Saludos a la superiora, me encomiendo a sus oraciones y a las de usted en unión de ellas soy con respeto, señorita, su muy humilde y obediente servidor.

#### **ANEXO 5.20**

#### **CLORIVIÈRE ANIMA A ADELAIDA EN LA EXPERIENCIA QUE ELLA HACE EN LA CRUZ: RUPTURA CON SU MEDIO PARA EL SERVICIO DE LOS POBRES. ELLA CUENTA CON LA FUERZA DEL SEÑOR**

A la Señorita de Cicé, en la Cruz de San Servando 27 de octubre de 1788

Señorita:

He leído las cartas que le han escrito sus buenas amigas perennes, pero no he encontrado ahí nada que me haga cambiar de parecer y que la deban hacer cambiar de conducta.

Se supone que usted ha obrado por un movimiento de celo indiscreto y con demasiada precipitación. No creo que usted merezca esta imputación. Se dice que si diligencia hará gritar al mundo, que usted habría hecho más bien en el mundo. Eso es lo que se le ha dicho siempre en estas ocasiones. Son las quejas ordinarias de las personas aún piadosas, que no saben cuál es el precio del divorcio con el mundo cuando Dios nos invita a ello y usted no puede dudar que El la haya invitado.

Otras admiran como santa su diligencia, pero dicen que usted es por naturaleza inconstante y que no debiera habérselo permitido, porque usted no se sostendrá. Citan ejemplos. A usted, toca, señorita, pedir adherirse constantemente al Señor, a fin de que encuentre en El una fuerza y una constancia que no encontraría en usted. Por otra parte, es bueno hacer ver que si, hasta aquí no se ha distinguido por su constancia, es sin duda porque hasta aquí no había encontrado todavía la ruta por donde el Señor quería que marchara.

Se le reprocha también que no es bastante obediente en lo que respecta a la mortificación. Es por eso que le suplico en el Señor, no hacer nada en este género, en cuanto a dormir, a la comida y a las austeridades de cualquier tipo, que no sea de acuerdo

con su prudente directora. Imite en esto a San Luis Gonzaga, una vez que él fue sometido a la obediencia. Le aconsejo leer su vida que acaba de ser impresa en París. Se vende, creo en Casa Hovius.

Soy respetuosamente en Nuestro Señor, señorita, vuestro muy humilde y obediente servidor.

#### **ANEXO 5.21**

### **ES EL CUMPLIMIENTO DE LA VOLUNTAD DE DIOS LO QUE DA LA PAZ INTERIOR, PARA GUARDARLA, CLORIVIÈRE RECOMIENDA A ADELAIDA; LA OBEDIENCIA, LA CARIDAD, LA ORACIÓN, LA APERTURA CONFIADA**

A la señorita de Cicé, en la comunidad de la Santa Cruz de San Servando.  
Dinan, 4 de enero de 1789

Señorita

Bendigo al Señor por la paz que ha permitido a bien dar a su alma y le suplico de todo corazón no permitir que le sea jamás arrebatada. El asunto, con el socorro de la gracia, depende de usted en parte. Porque no puede dudar que Nuestro Señor no quiera concederle un don que ha merecido usted por inmensos sufrimientos.

Haga consistir esta paz en el cumplimiento de la Voluntad de Dios; adhiérase inviolablemente a esta divina voluntad, no desee nada más que ella, no pretenda jamás subordinarla en alguna forma a la voluntad propia; pero como ha tomado de ello la resolución, despójese eficaz y constantemente de toda voluntad personal, para no querer más que lo que Dios quiere y como Dios lo quiere; es una palabra, diga en todo tiempo y en toda circunstancia el Fiat Voluntas Tua, con un corazón sincero y valiente y nada podrá ya turbar su paz. Los esfuerzos del infierno, los ataques del mundo, las rebeldías de la naturaleza, las penas interiores, las pruebas más largas, nada, absolutamente, podrá bambolearla; recibirá por el contrario, un aumento de fuerza y vigor.

La obediencia, la caridad, la oración, he aquí lo que todavía le recomiendo. Estas virtudes la harán avanzar a grandes pasos hacia la perfección. La obediencia disipará sus temores; la caridad la enriquecerá sin cesar de nuevos méritos y la mantendrá siempre en el esfuerzo; la oración la unirá estrechamente al Señor. Si continúa abriéndose con candor a aquella a quien el Señor la ha dirigido, obtendrá grandes victorias sobre usted misma, avanzará a grandes pasos en el camino que la conduce a la perfección.

Participo de la pena de la Señorita d'Orvaut en relación con la pérdida del Señor Bouvet. Tengo parientes en Nantes, como esta señorita lo dice, pero no contemplo una ocasión que podría llevarme ahí.

Me regocijo del gusto de que haya recibido cartas de Monseñor de Auxerre. Podía venir la aprensión que tiene de que usted sea religiosa? No creo que Dios la llame a este estado; pero si lo hiciera, ¿no sería esto, a los ojos de la religión, un gran bien? ¿Puede haber en la tierra bien mayor, felicidad más perfecta, que la de ser totalmente consagrada al Señor? ¿Qué título más bello que el de esposa de Jesucristo?

En lo referente a su regreso a Rennes, cuando el Señor se lo pida, El sabrá hacérselo conocer. Esté perfectamente tranquila en lo profundo. Imite a San José y tome para usted misma las palabras que le fueron dichas por el Ángel en el momento de su huída a Egipto. Se la puede aplicar a su situación: *esti ibi, usque dum dicam tibi*.

## **ANEXO 5.22**

**CLORIVIÈRE REPITE QUE EL COMBATE INTERIOR DEBE DARSE SIN TURBACIÓN, SIN INQUIETUD, PERO EN LA CONFIANZA DE QUE ES DIOS QUIEN HACE AVANZAR. LA ORACIÓN ES ANTE TODO: ESCUCHA DE DIOS, INTERCAMBIO CONFIADO.**

Dinan, 14 de enero de 1789.

Señorita y muy querida hija en Nuestro Señor:  
Pax Christi.

Las miserias de las que usted se duele en su carta, no deben de ningún modo turbarla. Véalas en usted misma de la misma forma que la vería en el prójimo. Por otra parte, la menos turbación que ellas le causaran, sería más perjudicial que todo el mal que ellas le hicieran. No quiero decirle que las ame, que consienta voluntariamente en verlas en usted, ya que la imperfección moral no tiene nada de amable en sí y conduce al pecado, pero combátalas sin que ello perjudique la paz de su alma. Usted sabe que el Señor las deja en sus mejores servidores. Esto no impide que el Señor los ame y los enriquezca con sus favores. Son por esto más humildes, ven que por sí mismos no puede nada; y esto mismo prepara para mayores dones. Esté atenta para evitar las menores faltas, pero sin una intención sostenida.

Cuente únicamente con los socorros del Señor y no cese de solicitarle una Dulce, pero continua elevación de su espíritu y de su corazón hacia Dios.

Es necesaria una grande gracia para hacer a Dios todos los sacrificios que se presenten, aún en las más pequeñas cosas; pero el Señor le concederá esta gracia, si es humilde y persevera en pedírsela. Desea la perfección, porque Dios la llama a ella, pero que este deseo sea en usted exento de toda inquietud.

La perfección es más bien obra de Dios que nuestra; no se le obtiene más que por una humilde y constante oración, a la que no se puede llegar con todos sus esfuerzos.

Apruebo su confianza en el Señor en lo que concierne a sus limosnas, pero no pierde nada sometiéndola a la obediencia; una de las grandes ventajas de esta virtud es liberarnos del temor en el que estaríamos sin ella, de hacer más o hacer menos de los que el Señor nos pide. En fin, no creo que sea prudente pedir prestado para este objeto; sería, evidentemente, más allá de sus facultades. El malestar de espíritu que esto le causaría, podría serle muy perjudicial.

No haga absolutamente, un trabajo de la oración. Es un trato del alma con Dios, de su hijo con su padre, de una esposa con su esposo. ¿Qué mas dulce, qué más fácil, para un alma a quien no le falta amor? Actúe, pero que su acción sea tranquila y no interfiera la de Dios. El quiere más ser escuchado que le hablemos.

Condúzcase con una gran condescendencia hacia la muchacha que le sirve. No crea que es perder el tiempo compartir sus debilidades y recuerde lo que nuestro Divino Maestro nos dice: “que vino no para ser servido, sino para servir”

Haré por Monseñor. Legal lo que me señala. Aproveche la salud que Dios le da para servir mejor. Le pido el Señor la conserve y me encomiendo siempre sus santas oraciones. Su muy humilde y obediente servidos, de Clorivière.

#### ANEXO 5.23

NUEVO LLAMADO DEL PADRE DE CLORIVIÈRE A LA CONFIANZA. DARSE ENTERAMENTE A LO QUE SE HA EMPRENDIDO, CON REFLEXIÍN Y EN LA OBEDIENCIA, SIN INQUIETARSE DEL PORVENIR. SOMETER SUS GASTOS. HACER USO DE LA PRUDENCIA

Dinan, 21 de enero de 1789

Señorita:

No veo nada que no sea bueno en lo que me propone y parece que Dios le da en ello el medio, o más que todo, la ocasión de satisfacer el doble atractivo que le ha dado. Pero sus aptitudes responden a sus deseos? No es necesario, sin duda, inquietarse, es preciso tener una gran confianza en la Divina Providencia, es decir, que cuando hemos emprendido alguna buena obra bajo su dirección, porque el deber o las circunstancias lo piden de nosotros, es imprescindible esperar que Ellas nos proporcionará todo lo que sea necesario para terminarla; pero, a menos que las luces extraordinarias y que sea conducido por vías poco comunes, es útil considerar bien todas las cosas antes de emprender, es forzoso calcular y contar primero consigo mismo, lo que puede constar la cosa que se propone emprender y lo que se tiene, si lo que se puede justamente esperar, puede soportar esta empresa. La prudencia del cielo y la de la tierra concuerdan en este punto. No es en esto en lo que ellas difieren sino en el fin y en el objeto que cada una se proponen.

No estaré aquí para ayudarla a hacer estos cálculos, pero puede dirigirse para ello a la Madre María de Jesús. Yo aprobaría lo que ella haya aprobado. No tema nada que esto sea estorbar el Espíritu de Dios, sino es tomar un medio para asegurarse que es el Espíritu de Dios que la conduce. Con esta seguridad, se está mucho más firme en la ejecución, y cuando no resultara bien, no tiene cabida hacerse el triste reproche de haber obrado imprudentemente.

Para quien tiene el temor que usted percibe, que esta buena obra, si usted la emprende, no la estabiliza en San Servando, es una duda totalmente humana que es necesario reprimir. Ella es contraria al perfecto abandono que la Providencia pide de usted. Es anticiparse a sus derechos y querer descubrir el provenir. No sueñe más que en servir a

Dios lo mejor que sea posible; y déjele a El cuidado de fijar el lugar, el tiempo, la manera como usted lo debe hacer.

En fin, persevere siempre en sus buenos sentimientos y piense sobre todo en poner toda la perfección de que usted sea capaz, en las acciones que haga y a las cosas nuevas que ha emprendido por Dios. Es necesario, más que todo, esperar que Dios nos las induzca, que no es preciso buscarlas por nosotros mismos. Es un medio de evitar la ligereza y la inquietud de espíritu que se sacia de novedades.

Soy, con respeto, señorita, su muy humilde y obediente servidor, de Clorivière.

#### **ANEXO 5.24**

### **CLORIVIÈRE PIDE A ADELAIDA PERMANECER TRANQUIL, GUARDAR LA PAZ EN MEDIO DE LOS PRIMEROS DISTURBIOS ANUNCIADORES DE LA REVOLUCIÓN. SER TODA ENTERA DE JESUCRISTO, PERMANECIENDO DEL TODO EN PAZ EN MEDIO DEL MUNDO AGITADO.**

A la señorita de Cicé en la Retraite de Rennes.  
Dinan, 15 de febrero de 1789

Señorita, la paz de nuestro Señor:

Estoy demasiado conmovido de su estado de ánimo, para tarar más tiempo en responder a su carta. Sus miedos, creo, son llevados demasiado lejos; aún cuando haya habido mal y un gran mal, la bondad del Señor ha puesto ahí límites. Y vemos con consuelo que las cosas, al menos en nuestra Provincia, se comienzan a calmar. Deje que los últimos se calmen; poco a poco las cosas volverán al orden y cada quien permanecerá en su condición. Los que hubieren querido salir de su esfera, no recogerán de todos sus esfuerzos más que el disgusto de haberlos hecho inútilmente. Después de todo, aún cuando debemos lamentarnos de la desdicha de nuestros hermanos y sobre todo de lo que pueda ofender al Señor y causar la pérdida del prójimo, debemos por ello perder la paz y dejarnos llevar por el abatimiento?

Veamos las cosas en Jesucristo, con los ojos de la fe. En Jesucristo no hay distinción entre griego y bárbaro, entre libre y esclavo. Todos son cristianos, todos son hermanos. El alma de uno no es menos querida a Nuestro Señor y no se le ha costado menos que el alma del otro. ¿Por qué estar por uno o tener prejuicio del otro? Y no sobre todo abrazar indistintamente al uno y al otro? Si lo hacemos, no es ya la caridad de Jesucristo que nos hace actuar. Actuamos como hombres, pero todavía no como cristianos. Nos arrastramos en la tierra, no nos elevamos al cielo. Nos asentamos en Babilonia, morada de confusión y turbación y no en Jerusalén donde el Señor hace aquí abajo, gustar la tranquilidad y la paz.

Créame, si quiere ser toda de Jesucristo, deje que los muertos entierren a sus muertos, deje al mundo disputar sus querellas. No es más asombroso ver el mundo víctima de agitaciones violentas, que lo que es ver el océano agitado por furiosas tempestades. Se puede esperar otra cosa del que el Evangelio llama el Príncipe del Mundo?

Pero usted, que está en la rivera, sea precipitándose en medio de las olas que usted podrá detener el choque? ¿Qué ganaría en esto? El único partido que puede tomar es verse como fuera del mundo y ver las estas cosas con los mismos ojos que las ven los ángeles y con los mismos ojos que las veremos un poco nosotros cuando nuestras almas sean desprendidas de los lazos del cuerpo. Entonces, en medio del disturbio, usted estará tranquila. Todo en torno suyo, será gritos de discordia, pero esos gritos no penetrarán absolutamente hasta su alma. Lejos del mundo, aunque en medio de él, ella gozará en el seno de Dios de una gran paz. Entonces sus oraciones serán mucho más eficaces fuertemente adherida a Jesucristo, tendrá mucha más fuerza para atraer a los otros. Agregó, que marchará a grandes pasos en el camino de la perfección y que nadie será capaz de detener su marcha.

No veo que ningún otro consejo convenga más a su situación presente. Pídale a Nuestro Señor la gracia y la fuerza de seguirle. El no le rehusará, ciertamente, su socorro, si usted corta, sin pena todos los lazos que podrían detenerla. En vano usted esperaría poderlo hacer si siempre está unida a la carne y a la sangre y si no es toda entera de Jesucristo. El no quiere un corazón dividido. No es a mí es a Jesucristo crucificado a quien es necesario consultar, su lenguaje es comprensible; El sabrá bien hacerse entender en su corazón. Si usted no le escucha a El, cómo pretende que yo me haga escuchar?

Adiós, señorita, pero antes de terminar, tome a bien que me ocupe de la justificación del Señor Corneaux. Si es de él de quien se pretende hablar, es preciso no conocerlo o que se le quiera denigrar como a los mejores obreros evangélicos. El Señor Corneaux no es un hombre de este mundo y no tiene otros intereses que lo de Jesucristo.

Soy con respeto, señorita, su muy humilde y obediente servidor en nuestro Señor Jesucristo.

Mis respetos al Padre de la Croix.

#### **ANEXO 5.25**

**ANTE LA AGITACIÓN QUE SE EXTIENDE, CLORIVIÈRE APRUEBA EL PROYECTO DE AADELAIDA DE REUNIRSE CON SU HERMANO EN SAN BRIEUC, DONDE ELLA PODRÁ ALOJARSE EN LA CASA DE LAS HIJAS DE LA CRUZ DE ESTA CIUDAD. SU SOLA PREOCUPACIÓN DEBE SER BUSCAR LA VOLUNTAD DE DIOS EN TODO**

Dinan, 28 de febrero de 1789.

Señorita:

Regresé de Plenthel ayer, todo ahí está en la más perfecta calma. El Señor Corneaux, el rector, no ha hecho ninguna asamblea y sus parroquianos no han tenido en él ningún conocimiento de lo que sucede.



A mi llegada, he encontrado sus dos cartas y las que ellas contienen que le envió adjuntas. No creo que usted pudiera defenderse de ir a San Briec, siempre que encuentre ahí lugar para vivir en la comunidad. Estuve anteayer en esta ciudad y conocí a un dignísimo eclesiástico, Canónico de la Catedral, de nombre Señor Depons.

Cuando usted esté en San Briec, usted verá que deberá hacer. Consulte al Señor; no desee más que el cumplimiento de su voluntad, no olvide lo que tantas veces le ha prometido. No busque más que a El; El no dejará de hacerle conocer lo que le sea más agradable.

Soy, con profundo respeto, su muy humilde y obediente servidor, de Clorivière.

#### **ANEXO 5.26**

**Después de la “inspiración” y la redacción de los Planes de las Sociedades, Clorivière sale para París en septiembre de 1790. Adelaida, que está de nuevo en Dinan, le escribe una larga carta para precisarle su estado interior y pedirle consejo. Se encuentra ahí la misma severidad con ella misma, su deseo apasionado de ser totalmente del Señor, su sed de pobreza y dependencia, su alegría profunda de poder al fin realizar su deseo de hacer votos en la Sociedad proyectada. En relación con las “obras de misericordia tan caras a su corazón”, ella subraya “las espirituales”. En los espacios dejados con esta intención, Clorivière ha respondido esforzándose en pacificar el alma siempre inquieta y recomendándole la paciencia y el abandono.  
(Frasas subrayadas)**

Adelaida de Cicé a Clorivière.

Septiembre, 1790

Me gustaría saber, padre, a quien me aconseja me dirija durante su ausencia y si está de acuerdo que continúe confesándome con el padre de Santa Clara, como lo he hecho durante los viajes de usted.

Con el confesor de la causa, si se puede.

En cuanto a mi estancia hasta su retorno, creo que usted cuenta con que yo permanezca en San Carlos, a menos que los acontecimientos me forcen a salir.

Si no hay ninguna razón que exija que se cambie.

Le suplico decirme si puedo y si debo testimoniar el deseo de continuar la comunión diaria, como me lo ha prescrito.

Nada puede serle más provechoso.

¿Cuáles ejercicios de piedad me prescribe? Si usted lo aprueba, mi intención es, en tanto que sean libres para poderlo hacer, seguir el orden de los ejercicios de la casa en donde esté, levantarme a las 5 horas, el oficio en común, la hora de oración, aún cuando no sepa algunas veces como emplearla, no aportando ningún cuidado por hacerla bien.

Aplíquese mucho a la mortificación de los sentidos y a la mortificación de las pasiones. Reprima su actividad natural. Ame el recogimiento y la soledad; pero la caridad la lleve a las obras de misericordia. Apruebo firmemente que siga el orden de la casa.

Porque soy seguramente mucho menos avanzada en esto que gran número de personas que apenas comienzan a servir a Dios y llegó a El casi siempre con el espíritu lleno de toda clase de cosas y cuando algunas veces me encuentro tranquila es la presencia de Dios, con el espíritu y el corazón lleno de un santo afecto, creo perder el tiempo, porque no soy mejor después de esta oración, aún cuando me haya parecido, cuando la hacía, que era más fervorosa.

No ponga obstáculos a las consolaciones que Dios quiera darle, pero no las desee con demasiada avidez. Recíbalas con admiración. Soporte su privación con humildad. No se desanime, Dios pide la buena voluntad.

No he percibido, en las prácticas, ningún progreso, aún después de ciertos días que he pasado, casi enteros, en la presencia de Dios, pidiéndole en Nombre de Nuestro Señor me conceda la gracia de serle fiel, de amarle hasta el olvido, hasta el desprecio de mí misma, demandándole con las más fuertes instancias, me tome a su servicio y de darme totalmente a El, al precio que sea. Estos sentimientos, que son algunas veces muy vivos y que me parecen la resolución de mi voluntad, no producen ningún cambio en mi conducta.

Experimento, de verdad, un desgano, casi absoluto de todas las cosas que tiene relación con la piedad. Pienso también que viene un poco de mi natural, y creo deber temer esta aversión que es para mí una fuente de inestabilidad de humor; las relaciones que tengo con diferentes personas, mis mismos parientes me son carga, más de lo que puedo expresar.

Sopórtese usted misma con paciencia y no se moleste más contra sus defectos que contra los del prójimo.

No siento inclinación más que por una vida extremadamente retirada (al menos no querría tener comunicación con el prójimo más que para lo que ve al ejercicio de Dios), una vida entremezclada de ejercicios de piedad y de buenas obras, en particular las que ahora hago más, instruir y animar a los jóvenes a la piedad, ocupación a la que le he tomado mucho gusto, sobre todo después del proyecto que usted me ha confiado. Me aconseja usted continuarla cuando las clases comiencen y haré bien de emplearme ahí más tiempo como lo proyecto, si usted lo aprueba y que se le acepte bien en esta casa?

Es una obra excelente instruir a los jóvenes. Se ejerce ahí toda clase de virtudes. Esto le hará tanto mas bien, que siento la necesidad de ocuparme de cosas que me mantengan en la presencia de Dios y que no sean objeto de inquietud como las conversaciones, porque no sé bien conducirme; mi amor propio y mi vanidad hacen que, aunque no encuentre ningún gusto en estos pasatiempos, me ocupo únicamente de las personas y no conservo absolutamente mi espíritu y mi corazón libres, lo que me causa muchas turbaciones y pierdo al menos el tiempo, sin hablar de las faltas que cometo, de las cuales, por falta de vigilancia, no puedo yo misma darme cuenta.

No hay del todo de la sociedad, pero no se entregue ahí. Debe proponerse atraer a Dios a las almas con las que conversa. No manifieste ahí el desgano y fastidio que pueda tener.

También, no deseo nada tanto como la dicha de estar asociada por la obediencia, a personas verdaderamente interiores, que no se ocupen más que de las cosas de Dios, cuya jornada sería ocupada por la oración, el silencio, la práctica de las buenas obras, sobre todo, las que inspire el celo por la salvación de las almas, aún cuando sólo fuera enseñar la doctrina cristiana a los niños pequeños y a las personas que la ignoran, ejercicios por los cuales no sentía ninguna inclinación antes, pero sin enunciar a las obras de misericordia corporales, si la ocasión se presenta de nuevo para practicarlas, tango ahora, más en el corazón, todas aquellas que ven al alma.

Lo que me ha dicho de los votos que había usted planeado se hiciesen en la Sociedad que proyecta, me da mucho gusto porque ello era desde hace mucho tiempo el objeto de mis deseos. No pensaba entonces más que en los votos simples, renovados cada año, estando un poco turbada de compromisos irrevocables para personas no enclaustradas y por consecuencia, no enteramente separadas del mundo, a causa de la práctica de las obras de caridad, aún cuando siempre he anhelado no conservar las relaciones con el mundo más que para las necesidades del prójimo.

La divina Providencia, le dará, sin duda un día, el medio de satisfacer los deseos que ella le ha inspirado en relación a la práctica de los Consejos evangélicos, pero es necesario esperar su momento.

En cuanto al voto de pobreza, pienso que no sería normal fuera practicado como lo es por los religiosos. Espero, sin embargo, que podría por su práctica, tener todo el mérito delante de Dios, cuando, en la Sociedad, donde esté, deposite absolutamente todo lo que me pertenece y de ordinario entre las manos de la superiora que usted me daría y que ni dispondría de nada más que con su orden, ni para mí, ni para los demás y que practicaría sobre este punto, como sobre los otros, la más perfecta obediencia.

No puedo decirle, padre, cuánto aspiro a un semejante género de vida, en donde usted haya reglamentado los ejercicios y los empleos, y en el cual no me conduciré en nada por mí misma. Me parece que solamente una vida así, sería capaz de devolverme la paz del alma. No estaré en mi centro hasta llegar ahí. Me viene con frecuencia al espíritu que ahora me ocupo de cosas para lo que no he sido hecha, que el tiempo es corto, que tengo mucho qué reparar y muchos méritos por adquirir, si quiero responder a las gracias de Dios.

No sé si en esto hay algunas veces un poco de singularidad de mi parte, pero casi no me acomodo a la forma de ser de muchas personas piadosas, en relación a la vida interior, a las conversaciones.

Considérese como muerte al mundo. No juzgue nada a los demás; y los juicios de ellos no le afectarán.

Pienso, sin embargo, que ellas saben comportarse en esto mejor que yo y conservarse en la presencia de Dios y en la práctica de la guarda del corazón, lo que yo no sé hacer absolutamente; es verdad, pero es raro, que suceda algunas veces que esta clase de cosas me molesten menos y que no pierdo la paz en las ocasiones en donde tengo costumbre perderla. No sabría, me parece, darle una idea bastante justa de mi ligereza y de mi inconstancia en el bien, a pesar de mis firmes resoluciones, cuya ejecución ma habrían cambiado toda si hubiera sido fiel.

No tendrá nada que temer de sus inconstancias cuando sea dócil a seguir los avisos de los que tienen el lugar de Dios.

Le suplico, por favor, padre, no perder de vista la necesidad que tengo de ser conducida por la obediencia. Siento así mismo y desearía que fuera posible que durante su ausencia y hasta su regreso, usted me hubiera puesto bajo la conducción de alguna persona a la que obedezca en todo como a mi hermana María de Jesús.

Usted, está, creo, en la ocasión de hacer parte de lo que hacía en la Cruz; pero no precipite nada. Le hace todavía falta un poco de tiempo para ver si la cosa es conveniente. Dudaría un poco sobre si la cosa que usted proyecta debe tener su efecto.

Pienso que sería, quizás, la mejor preparación para entrar de inmediato en la Sociedad de que usted se ocupa, porque me hallaría formada en la práctica de la obediencia y de la humildad. Las ideas y los temores que me incapacitan para todo, me hacen desear, más de lo que puedo expresar, vivir así hasta la muerte en la práctica fiel y continua de la obediencia.

Querría también comunicarle una idea que me vino. Al permanecer aquí este invierno, desearía que me fuera permitido comer en el refectorio, en vista de que la lectura y el silencio me convienen mucho más que las novedades que se leen en otra parte. Si no se puede permitir para que no sea testigo de las penitencias que se hacen en el refectorio, como éstas se hacen siempre al principio, poniéndome a la entrada, pasaría sólo cuando ellas las hubieran hecho. No es que yo no esté dispuesta a hacer lo mismo, usted conoce mi disposición interior.

Le pido, por favor, padre, dejarme por escrito sus pareceres, no solamente sobre las cosas que le consulto, sino sobre todas aquellas que podrían serme útiles y que el buen Dios le inspire, porque deseo con todo mi corazón, por su gracia, hacer de ello la regla de mi conducta y espero que estos avisos me servirán de freno para no alejarme de lo que Nuestro Señor pide de mí en su ausencia.

Permaneciendo en esta casa, si este es su deseo, me viene al espíritu, que no sería tal vez imposible vivir aquí, en cierta forma como aspirante. La elección de la Madre de San Carlos que pienso podría tal vez tener la caridad de prestarse, como mi hermana María de Jesús a hacerme este bien, me ha reforzado en esta idea, si usted la aprueba. Las turbaciones y las penas que casi siempre tengo, me hacen y la obediencia necesarias. Esta vida tendría la ventaja de retirarme aún más de lo que estoy. Siento que lo que aumenta mucho mis penas, en las que me comporto bastante mal, son las relaciones que tengo con el mundo; la inquietud y la disipación que ellas me causan, es lo que me hace desear disminuirlas cada día en tanto que sea posible.

#### **ANEXO 5.27**

**Después de las consagraciones del 2 de febrero de 1791, Clorivière, refugiado en la casa de su cuñado en Fosse-Hingant en Paramé, piensa que Adelaida es quien debe llegar a se la Superiora de la Sociedad de María. Dejándola totalmente libre en su decisión, que se hace apremiante al tener presente la urgencia de la salvación, las**

**numerosa gracias que ja recibido y la seguridad de que el Señor suplirá su debilidad si ella todavía no responde al retrato que el traza.**

De la Fosse-Hingant, 30 de abril de 1791.

Señorita y muy querida hija en Nuestro Señor,  
Pax Christi:

Acabo de recibir una carta de París, que me hace saber que 7 personas, tanto sacerdotes como clérigos, han entrado en la Asociación de los pobres sacerdotes de Jesús. Pero se me agrega que esto no sucede de igual manera en la Sociedad de María; las que se habían ya asociado, se han dispersado, porque la comunidad de los Miramionnes, donde estaban retiradas, ha sido ella misma dispersada. Se señala, cierto, que habría muchas personas que serían aptas y prestas a entrar en esta Sociedad pero que sería necesario una persona para conducir las, formarlas, etc, y que esta persona no se encuentra. Estoy persuadido que la primera de estas noticias le placirá; voy a comunicarle mis reflexiones sobre la segunda.

Es en París, me parece, que una y otra Sociedad deben comenzar. Es de ahí de donde viene el mal, es de ahí también de donde debe venir el remedio al mal. El bien que se haga en la capital; se propagará fácilmente en las provincias; es ahí que se encontrarán más medios y recursos para hacerlo y que se podrá proceder de una manera más secreta y más segura, hasta que sea suficientemente fuerte y extendida para no tener nada que temer el gran día.

El tiempo de emprender algo grande por el Señor ha llegado. La magnitud de los males que sufre la religión, y todavía hay amenaza de otros mayores que son como la secuela natural de los que se sufre en la actualidad, piden y requieren un pronto socorro. Es necesario salvar con nosotros del naufragio el mayor número de personas que podamos. Es el medio, el más seguro, para asegurar nuestra propia salvación y no podemos hacer nada más agradable a nuestro divino Maestro.

Le diré que El lo desea, que El espera esto de nuestro amor; que podemos pensar con razón que esta la finalidad de tantas gracias que El nos ha hecho; que si falta valor o confianza y por temor a los trabajos o a los peligros, rehuimos secundar sus adorables designios, no podría ser en nosotros más que una incalificable infidelidad, que resfriaría su amor por nosotros y nos haría incapaces de recibir los dones que su bondad nos preparaba.

Estoy convencido de esto en lo que a mí respecta. Aún cuando no percibo en mí, de cualquier lado que me vea, nada que no sea propio para desanimarme, nada que me persuada que pueda algo más grande por Dios; sin embargo, me consideraría muy infiel si no hiciera de mi parte, todo lo que depende de mí; para cumplir miras que son muy por debajo de mis fuerzas, pero que parecen venir de El.

Para usted, señorita y muy querida hija, ¿qué piensa usted misma? ¿Cuáles son sus sentimientos? ¿Puede pensar, puede decir, que Dios no le haya concedido grandes gracias? ¿Qué Nuestro Señor no le haya envuelto desde la infancia con sus más dulces bendiciones?

¿Qué no la haya instruido en sus caminos y dirigido en los senderos de la justicia por medio de sus ministros? ¿No le ha inspirado, desde hace mucho tiempo, el deseo de perfección u así mismo el de trabajar por la perfección del prójimo?

SI El no ha permitido que usted se consagrara a El dentro del claustro, El le ha mostrado el medio de hacerlo en el mundo. El le ha hecho la gracia de ello. Su conducta en relación con usted en los últimos tiempos, el cuidado que El ha tenido de desprenderla de todo, de estrechar cada vez más los lazos que la adherían a El, son estas gracias que deben permanecer ociosas o que no deben fructificar más que para usted?

Dilate su corazón. Dé impulso a sus deseos, o más que todo, reanime en usted aquello que la bondad divina le ha frecuentemente inspirado. Anhele hacer todo, sufrir todo para ganar algunas almas a Jesucristo. Olvídese de usted misma; no detenga más su vista en su debilidad y sus miserias; sueñe con El, cuyo brazo todopoderoso la sostendrá, si usted fija su mirada en El, en lugar de tenerla fija sobre usted misma.

Adivine ahora, ¿quién es la que yo creo escogida por Dios para procurar a su Santa Madre un gran número de hijas queridas?

Es necesario que ella tenga un gran deseo de su perfección, de celo por la perfección del prójimo. Que esté dispuesta a sacrificar todo por procurar lo uno y lo otro; que sea desprendida de los bienes de la tierra y de la vanidad del siglo; que ame hablar de Dios con los pobres; que sin haber sido religiosa, conozca las obligaciones y la práctica de los Consejos Evangélicos. Es necesario, en lo humano, que tenga prudencia, pero no de la carne; que ella tenga cierta flexibilidad de espíritu, que sepa acomodarse a los diferentes caracteres para ganarlos a todos para Jesucristo. Que no tema la difícil; que tenga recursos en su espíritu y alguna experiencia en las cosas ordinarias de la vida.

Ahora bien, yo encuentro todas estas cosas en una persona que el Señor me ha enviado desde hace ya algunos años y cuya perfección deseo muy sinceramente.

Es, por lo tanto, a esta persona, que creo poder decir que ella es el instrumento del cual Dios quiere servirse para la ejecución de su designio. No le diré que tiene todas las cualidades propias para ello; pero le puedo asegurar que si no le falta la buena voluntad, Dios suplirá abundantemente el resto.

No fue más que en el momento mismo cuando los apóstoles comenzaron su misión que El los cambió en otros hombres. Es así que El obra con frecuencia con nosotros, sobre todo para estas obras que esté dispuesto, tanto como pueda, a hacer lo que esté de su parte y que sin demasiado prever las dificultades futuras, se haga en el presente, todo lo que su luz le indique, y cuando las dificultades se presenten, El la arma y la reviste de su fuerza para superarlas.

La persona de la cual le hablo, está aún demasiado en lo sensible, no se entrega suficientemente a la fe, esto hace que caiga fácilmente en las perplejidades, en donde el demonio busca comprometerla por la sutileza que le presenta a su espíritu lo que la perjudica mucho y le impide avanzar en las vías de Dios; pero Dios le ha dado la docilidad

y esta virtud sostenida de las gracias que serán la recompensa a su fidelidad, disiparán estos obstáculos que la detienen y la harán triunfar en esto.

Sin embargo, no quiero prescribir nada, mandar nada. Que el alma se sondee ella misma, que ella sondee sus disposiciones después de haber consultado al Señor. No dudo que el Espíritu Santo, que se comunica a los humildes, le haga conocer lo que El espera de ella y lo que ella puede hacer más conforma a su beneplácito. Si esta alma, como supongo, quiere abandonarse a su dirección y no tiene otro deseo que cumplir su santa voluntad, no dudo de ninguna manera que El ponga en ella las disposiciones que exigen los designios que tiene sobre ella. Es por estas disposiciones que la interpretación de la voluntad del Señor sobre ella, podrá hacérsela conocer de una manera más segura.